

HORACIO QUIROGA

Historia de un amor turbio

Los perseguidos



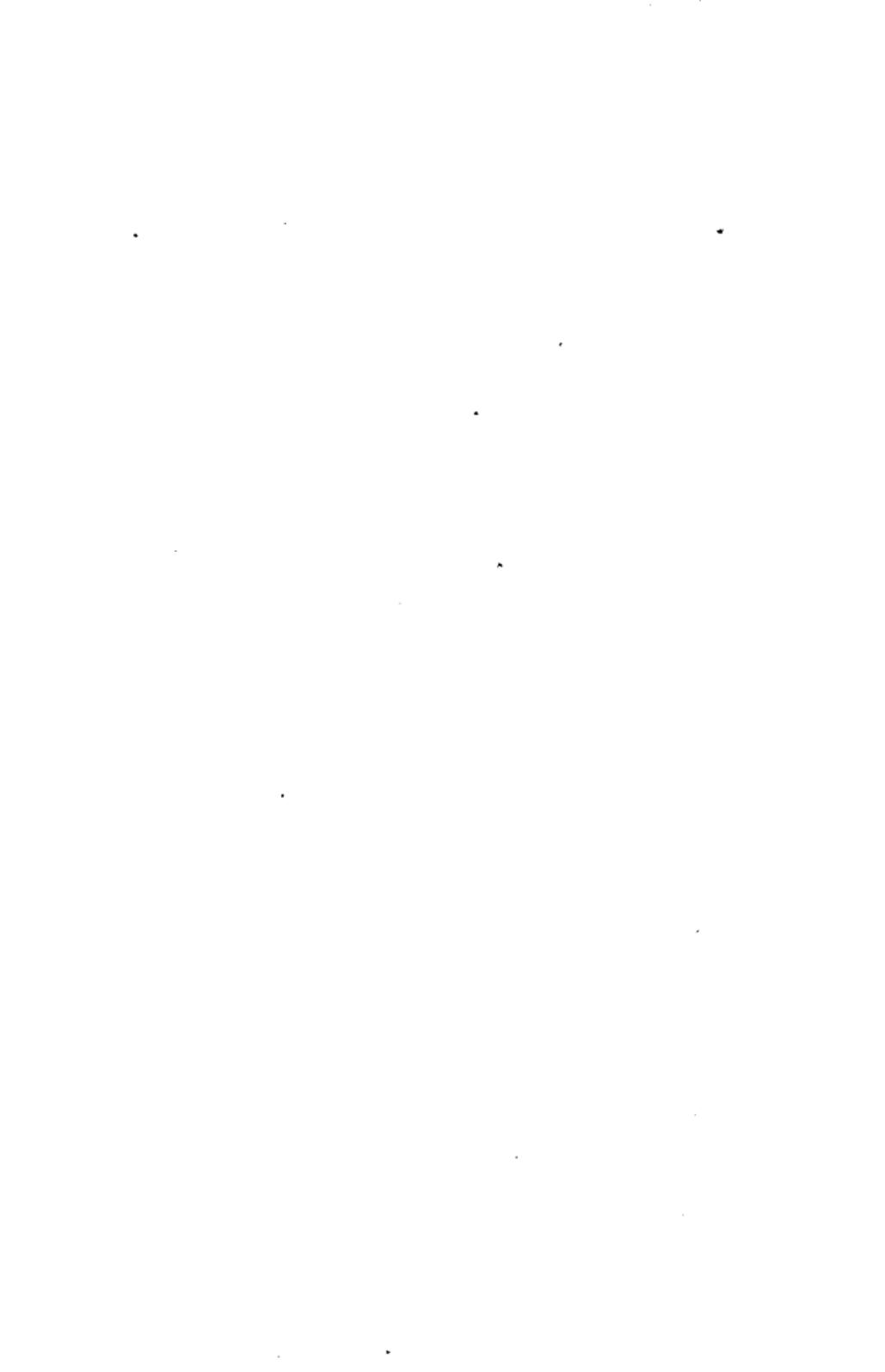
Feb 2 1914

BUENOS AIRES

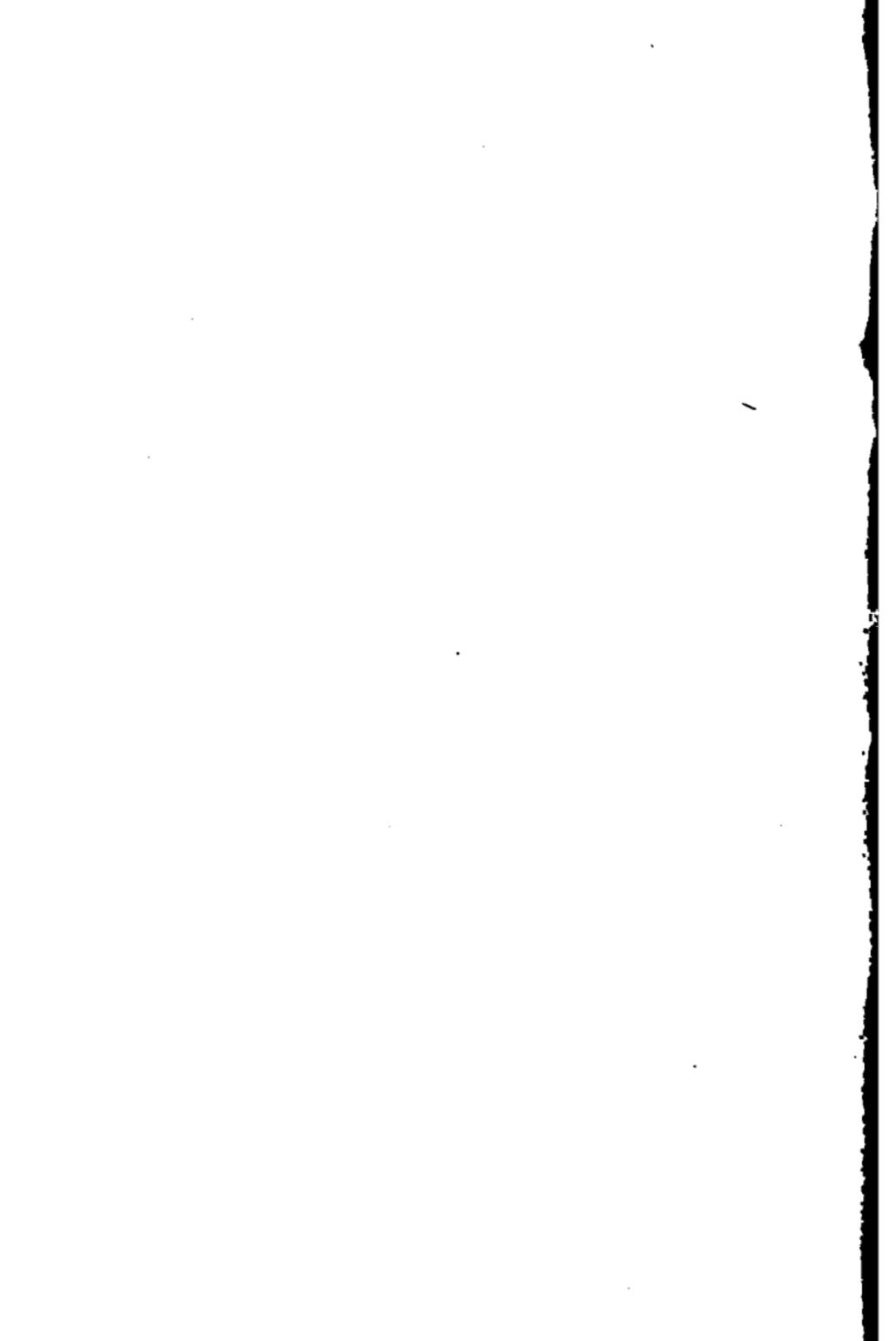
ARNOLDO MOEN Y HERMANO, EDITORES

323, CALLE FLORIDA, 323

—
1908



Historia de un amor turbio



Una mañana de abril, Luís Rohan se detuvo en Florida y Bartolomé Mitre. Perdida ya la costumbre de no molestarse por las detenciones y bruscos cambios de dirección en las veredas, sentíase á disgusto, haciéndose la fatal pregunta de las personas habituadas á ir recto á donde quieren en el campo: cómo puede uno acostumbrarse á no ser dueño de caminar, siquiera.

En la noche anterior había vuelto á Buenos Aires, después de año y medio de ausencia. Sentía así mayor el fastidio del aire mal oliente, de la escoba matinal sacudiendo en las

narices, del vaho inmundo de los sótanos de las confiterías. El bello día hacíale echar de menos su vida de allá. La mañana era admirable, con una de esas temperaturas de otoño que, sobrado frescas para una larga estación á la sombra, piden el sol durante dos cuerdas, nada más. Su mísera franja de cielo entre las calles evocábale la claridad de sus poderosas mañanas de campo, sus tempranas recorridas de monte, donde no se sentía más ruido que el que él hacía — el aire pesado por el olor húmedo y picante de los hongos y troncos carcomidos.

De pronto sintióse cogido del brazo.

—Hola, Rohan! De dónde diablos sale? Hace más de ocho años que no lo veo... ocho, no; cuatro ó cinco, qué sé yo... De dónde sale?

Era un muchacho de antes, asombrosamente gordo y de frente estrechísima, con quien Rohan había tenido tanta amistad como con el cartero; pero siendo de carácter alegre

creíase obligado á apretarle el brazo, lleno de afectuosa sorpresa.

—Del campo; hace cinco años que estoy allá.

—En la Pampa; no? No sé quién me dijo...

—No, en San Luís... Y Vd?

—Bien; es decir, regular; cada vez más flaco—agregó riéndose como se ríe un gordo que sabe bien habla en broma de la flacura. Pero Vd.—prosiguió—cuénteme: qué hace allá? Una estancia, no? No sé quién me dijo... También, sólo á Vd. se le ocurre irse á vivir al campo! Vd. fué siempre raro, es cierto... A que Vd. mismo trabaja?

—A veces.

—Y sabe arar?

—Un poco.

—Y Vd. mismo ara?

—A veces.

—Qué notable!... Y para qué?

El muchacho obeso gozaba, muy contento

á pesar de la tortura del cuello que lo congestionaba, del pantalón que bajo el chaleco lo ceñía hasta el pecho, ahogándolo. Sentíase felicísimo con la ocasión de un hombre raro que no se ofendía de sus risas.

—Sí, el otro día leí un artículo... Astorga, eh? Tolstoy, eh? Qué bueno!

Y á pesar de todo era un buen muchacho quien le hablaba, lo que hacía pensar como siempre á Rohan en la dosis de corrupción que se precisa para convertir en ese imbécil escéptico un honrado muchacho.

Por ventura, Juárez había pasado á mejor tema. Informó á Rohan—en diez minutos—de una infinidad de cosas que á éste jamás se le hubiera ocurrido averiguar. Parecía ser que Méndez Zabaleta había vuelto de Europa antes de los dos años que pensaba emplear en su viaje. Que el subsecretario de Obras Públicas—no recordaba quien se lo había dicho...—había sido con sus amigos todo, me-

nos lo que estos justamente esperaban de él. Que el Rowing mantendría dos meses más la cuota baja...

Rohan lo oía como se oye de lejos, cuando uno está distraído, la charla de los peones que trabajan en la chacra. De pronto Juárez notó que su amigo fijaba insistentemente los ojos en cierta dirección y se calló, mirando á su vez.

Dos muchachas de luto avanzaban por la vereda de enfrente. Caminaban con la firme armonía de paso que adquieren las hermanas, el cuerpo erguido y las cabezas serias y decididas. Pasaron sin mirar, la vista fija adelante. Rohan las siguió con los ojos.

—Son las de Elizalde—dijo Juárez, bajando á la calle para estorbar menos y conversar mejor.—Qué tiempo que no las veía! Las conoce?

—Un poco.

—No lo vieron. Son monas chicas, sobre

todo la más alta; es la menor. Viven en San Fernando; están muy pobres.

—Yo creía que tenían fortuna.

—Sí, en otro tiempo. El padre estaba bastante bien. Aunque con el tren que llevaban... Tenía hipotecado todo. Murió hace cerca de un año.

Rohan no pudo menos de hacerlo notar:

—Bien enterado.

El muchacho obeso soltó una gran carcajada, echándose adelante de risa como una mujer.

—No tanto, no sea tan malo! Hay que dejar de ser pobres, amigo Rohan! No todos tenemos la suerte de heredar estancias... aunque tengamos que arar—añadió con otra carcajada, sujetándose de las solapas de Rohan con cariñosa confianza. Se fijó así en el traje de éste.

—No trabaja con esta ropa, verdad? Por qué no viene de botas?

Pero Rohan se había cansado ya del excelente animalito y caminaba solo.

Lo que Juárez ignoraba es que Rohan conocía excesivamente á las de Elizalde. Tras una amistad de diez años con la casa, Eglé, la menor, había sido novia suya. La había querido profundamente, mucho más de lo que él hubiera creído, y ahí estaban, sin embargo, ella paseando con su hermana su belleza de soltera, él, soltero también, trabajando en el campo á doscientas leguas de Buenos Aires.

Eglé! Repetíase el nombre mentalmente, con la facilidad de quien antes ha pronunciado mucho una palabra en distintos estados de ánimo. Pero á pesar de que esas dos sílabas conocidísimas le evocaban distintamente las escenas de amor en que las pronunció con más deseo, constataba que de toda la vieja pasión despertada no le quedaba sino el cariño al nombre, nada más. Y lo murmuraba, sintiendo únicamente al oírlo una dulzura os-

cura de palabra que antes expresó mucho, como los idiotas que con la vista fija repiten horas enteras: mamá...

—Cuánto la he querido!—se decía, esforzándose en vano por conmoverse. Evocaba las circunstancias en que se había sentido más feliz; se veía á sí mismo, la veía á ella, su boca, su expresión, pero todo esto con excesiva prolijidad, insistiendo más en recordar la escena que sus sensaciones, como quien trata de fijarse bien en una cosa para contarla á un amigo.

Caminaba siempre, pensando en ella, cuando se le ocurrió bruscamente ir á verla. Por qué no? Aunque después del rompimiento no había vuelto más á casa de Eglé, éste había sido provocado por causas tan particulares de ellos dos, que no halló inconveniencia en hacerlo. Sobre todo sintió viva curiosidad de ver qué emoción sería la suya cuando se miraran en plenos ojos. Y de nuevo evocaba la

mirada de amor de Eglé, detenía la largo rato ante la suya, tratando inútilmente de revivir su dicha de aquellos momentos. Sentía, sí, el influjo de esa expresión apasionada, pero no provocado por Eglé sino por cualquier mujer que lo mirara así. Sabía por Juárez que vivían en San Fernando; costaría poco averiguar dónde.

Al día siguiente, á las dos, estaba en el Retiro. Subió en el primer coche y recostó la cabeza. Como todas las personas que viajan distraídas, no seguía con la vista las cosas sino miraba un punto fijo del vidrio, por el que cruzaban velozmente los postes del telégrafo.

Ahora que se acercaba á ella, que iba á verla antes de una hora, sentíase emocionado. Anticipaba mentalmente su llegada, la sorpresa, las primeras palabras, la bizarra situación.... Volvía en sí, y suspiraba hondamente para recobrar su pleno equilibrio. Pero al rato re-

comenzaba el proceso—retrospectivo esta
— y así, con los ojos fijos en la ventanilla
mientras las chacras, las quintas y las ca
tas del guardavía colocábanse sucesivame
bajo su visual, volvió al pasado.

II

Rohan conoció á la familia de Eliza
cuando tenía veinte años. Acababa de s
pender sus estudios de ingeniería—al comie
zo, verdad es, pero no por eso con men
disgusto de su padre, el cual desde el fon
de la estancia mandóle decir tranquilame
que puesto que quería ser libre, nada m
justo viviera por su cuenta y riesgo. Roh
halló á su vez muy razonable la meditaci
paternal y poco después lograba instala
en el Ministerio de Obras públicas, en ca
dad de dibujante. Su renta devino pobreme

inferior, pero se sentía libre, al menos. Su padre entregóse, sobre esa curiosa libertad, á las cavilaciones que provoca la falta de ambición de un hijo inteligente, en un padre ignorante, trabajador y económico. Hubo al fin de condensar el irresoluble problema en la fórmula más irresoluble aún: «cómo de un padre como yo....» Y no se preocupó más de su hijo.

Hizo bien, porque éste tampoco se preocupaba de sí mismo. Un año después conocía á Lola y Mercedes Elizalde, y mutuas simpatías llevábanlo á frecuentar los días de la casa y luego las comidas íntimas.

Indudablemente, en la afable recepción de la madre influyó, como un suspiro de posible felicidad, la fortuna venidera de cierto joven amigo; pero aparte de este detalle íntimamente familiar, la dueña de casa estimaba bien á Rohan—á de Rohan, como decía Mercedes.

Esta solía ir apresuradamente á su encuen-

tro, recibéndolo con una profunda reverencia de otros siglos — que inflaba sus faldas — cual convenía al vástago de tan noble alcurnia. Hablábale á veces en tercera persona, sin mirarlo. Tenía diez y siete años. Era muy bella, bastante delgada de cara. Sus ojos largos, oscuros y sombríos daban á su semblante, cuando estaba distraída con mal-estar, una expresión de sufrimiento antiguo cuya fatiga dolorosa ha quedado, expresión de una edad mucho mayor y común en las muchachas inteligentes que se han desarrollado muy pronto.

Sus nervios la mataban. Siendo criatura había soñado que un pájaro le devoraba las manos á picotazos. Nunca pudo recordar esto sin revivir la vieja angustia y esconder aquéllas. Cuando tenía quince años tomó la costumbre de acostarse vestida, después de comer; á la una se levantaba, la casa en silencio; iba á la sala, paseaba aburrida, toca-

ba un momento el piano á la sordina, miraba uno á uno los cuadros, deteniéndose delante de ellos y observándolos como si no los hubiera visto nunca, y después de una hora volvía más aburrida á la cama. Estando nerviosa, su tormento eran las manos: no sabía qué hacer de ellas. Rohan se reía al notarlas, y Mercedes le hacía horribles muecas que su madre jamás podía contener. Cuanto más se burlaba Rohan, más las exageraba ella, aunque sabía bien que se ponía colorada y en ridículo.

En la segunda ó tercera vista de Rohan, la señora habíale preguntado con afectuosa indiscreción si descendía de los duques de Rohan, de Francia. Aquél, que en ese momento se miraba las uñas de cerca, respondió:

—No, señora; mi abuelo era zapatero.—Y levantó la vista, mirando tranquilamente á la señora. La familia cruzó entre sí una rápida ojeada, aprestándose á defender altivamente

la casta contra el agresivo sujeto; pero hubieron de convencerse de que Rohan parecía tener sobrada discreción — tal vez un poco despreciativa — para agredir de ese modo.

Lola tenía veintidós años cuando Rohan la conoció. Era más bien gruesa, bastante miope y tan blanca que sus brazos daban la impresión de estar siempre fríos. Era poco inteligente, pero con tal equilibrio que no erraba casi nunca. Vestía muy bien, con innata noción del gusto. Esto escapaba á Mercedes — demasiado aguda en sus predilecciones — lo que la llenaba de fraternal envidia.

No era rápida de ingenio, ni le agradaban esas suspicacias de ambigua intención en que su hermana amaba precipitarse. Lo cual no obstaba para que se sonriera al oírlas, pero lo hacía plácidamente, como si suspirara caminando. Como había en ella toda la preocupación y cordura vigilante de una madre, tenía predilección por Eglé, de nueve años, bien que

representara menos. Cuidaba de ella con prolijidad de hermana mayor, soltera y sensata, que hacía reír á la madre. La criatura comía á su lado, buscando el apoyo de sus ojos cuando estaba indecisa. Lola era quien la arreglaba todas las mañanas para ir al colegio. Sentada en una silla baja, con la criatura de pie entre sus muslos, observaba sin fatigarse el distinto efecto de sus lazos, con la atención estudiosa de las mujeres que observan de cerca un paño.

Rohan conoció á penas al padre. Rara vez lo hallaba, ni aún en la mesa. Era un hombre alto, delgado, de color cetrino y muy brusco. No parecía simpatizar mucho con Rohan.

La madre tenía, bajo el aparente descuido de su bonachona negligencia de obesa, la naturaleza sensata, campesina y calculista de que salen las hijas histéricas.

III

Indudablemente, dado el modo de la joven Mercedes debía ser, de las dos hermanas, aquélla con quien Rohan se hallaba más á gusto. En efecto, se querían cordialmente. Ni uno ni otro se esforzaban en buscar más plausible motivo á su afecto. Alguna vez, sin embargo, llevaron la gracia un poco lejos.

—Qué respondería Vd., señorita Mercedes, si yo le dijera un día que la quiero?

—Y si el señor de Rohan creyera estar seguro de que yo lo quiero, qué me diría?

Tras lo cual se echaban á reír, como era conveniente.

Pero dado que fuera de estos momentos de excesiva proximidad afectiva ó física, Rohan no estaba absolutamente enamorado de ella, las cosas quedaban ahí. La madre lo miraba

á veces sorprendida de su desconsiderada terquedad. Si en verdad todos sabían que Rohan era amigo de ellos, únicamente, bien podría él comprender por qué le habían abierto la casa con esa facilidad. Rohan lo comprendía; pero como contaba escasamente con su corazón y nada con la fortuna á venir, hallaba muy satisfactoria esa equívoca situación.

En cuanto á la pequeña Eglé, sus relaciones con ella se limitaban á muy poca cosa: medio minuto de conversación, los miércoles de tarde, cuando la criatura volvía del colegio. Rohan la encontraba infaliblemente en Piedras entre Victoria y Alsina. El cruzaba la vereda y ella se detenía. Al principio, se contentaba con preguntarle cómo estaban en su casa y con enviar recuerdos. Una noche Mercedes lo fastidió dos horas con alusiones á ciertas citas que él tenía en la calle. Apenas al fin se había dado cuenta de que se refería á sus encuentros con Eglé. El miércoles si-

guiente, al hallar á ésta, recordó la broma habló gravemente á la criatura, en el sentido de que se encontraba profundamente dispuesto á dar un beso á su novia. Desde entonces fué decidido por Mercedes que Rohan besaría á Eglé siempre que la hallara en la calle, cual concernía á un conquistador.

—Sus conquistas habituales son mejores; verdad, Rohan? —preguntábale Mercedes con afectuosa languidez.

—A veces.

—Es Vd. tan buen mozo!.....

—Lo cual me alegra, porque hemos decidido con Eglé que los besos que le doy no son para ella.....

—Ah, no! Si es por eso, puede evitarlos amigo! — lo cortó desdeñosamente.

Poco después Rohan se olvidó de esto, y cuando encontraba á Eglé seguía por su vereda, contentándose con un amistoso saludo con la mano.

IV

En estas circunstancias recibió una carta de afuera. Su padre, cansado de la falta de aspiración de su hijo, decidíase á enviarlo á Europa por un par de años. «Creo que volverás más inútil aún; pero me quedará el consuelo de haber hecho lo posible por ti.»

El viaje parecióle bien á Rohan. Estaba harto de planos, lotes, colonias y tinta colorada. A más, hacía dos meses que comenzaba á preocuparle su estómago. Heredando de su madre una notable dosis de neuropatías, había salvado hasta entonces su digestión. Verdad es que su misma tolerancia gástrica fuera excesiva, pues no hubo caviar ni bismark ni gorgonzola suficientemente especiosos para sus trasnochadas. Tenía, como todos los muchachos, el temor de debilitarse si no com-

pensaba seis ú ocho horas nocturnas — á veces de charla, únicamente — con terribles alimentos. Esa noche tenía pesadillas y se levantaba al día siguiente con la frente caliente y la boca amarga; pero muy satisfecho de haber repuesto las fuerzas perdidas. Luego había suspendido las cenas; mas el estómago, maltratado sobrado tiempo, seguía mal.

Acogió de este modo el viaje á Europa, por lo que se refiere á su digestión, como uno de los tantos extraordinarios remedios con que cavilan los dispépticos — pero sin poner nada de su parte. Esto no obstó para que la víspera de su viaje comiera en lo de Elizalde todo aquello que es capaz de ofrecer una dueña de casa á un huésped sano y distinguido, y con más solícita razón á uno delicado del estómago.

—Un poquito de esto, Rohan; es muy liviano.

—Presumo que no, señora; gracias.

—Pero un poquito, no más; no puede hacerle nada!

—Me va á hacer mal, señora.

—No importa! Pruebe un poquito.

Rohan comía, y los cariñosos ofrecimientos continuaban, pues no hay en el mundo dueña de casa á la cual sea posible hacer comprender que uno es enfermo del estómago, ó que no es justamente suma cortesía exigir una pésima noche en homenaje á la comida que se nos da. Una señora que sirve su mesa no hallará jamás otro motivo al rechazo de un plato que la timidez del huésped. Este tiene el fatal deber de halagar debidamente á la señora por el honor que le hace, y de aquí la espantable respuesta que acababa de dar la de Elizalde á Rohan: — No importa que le haga daño.....

Rohan, fastidiado, comió sin resistirse más, y dos horas después tenía el ineludible puño cerrado en la boca del estómago. Su desgano

aumentó, sin que el piano de Mercedes lo animara. Su amiga tocaba bien, sobre todo lo sentimental. Era ésa una de las cosas que habían hecho pensar á Rohan. Constábase que Mercedes *no sentía* la música — de Chopin, por ejemplo. Y sin embargo la interpretaba perfectamente. Rohan se preguntaba cómo podía de ese modo sentirla tan bien para los hombres sin que ella misma la sintiera, y concluía pensando que si en vez de ser conocido como melancólico, se tuviera por frívolo á Chopin, la joven tocaría de muy distinto modo.

El nocturno concluyó.

—Qué hace ahí, Rohan?—se volvió Mercedes.

—Nada.

—Nada? De veras?

—Nada. ¿Quiere que haga alguna cosa?

—Sí, váyase al balcón. Está horrible esta noche.

—Le duele el estómago, Rohan? — intervino la madre.

—Un poco, sí, señora.

—No es nada; yo, á veces, siento así. Pero debería cuidarse un poco más. Vd. es muy desarreglado.

A Rohan, que sentía aún el gordo dedo de la madre hundiéndole á la fuerza en la garganta su comida, que siendo ofrecida por ella no debía él desdeñar, le hizo rabiosa gracia el consejo. Sacó una silla al balcón y se sentó.

Adentro, conversaron un rato y después de un momentáneo silencio, se levantó la voz de Lola. Cantaba Ideale, y su hermana la acompañaba. Su voz no era expresiva y aún ajustaba medianamente. Pero como todo lo que ella hacía, su canto tenía para Rohan una legítima seducción; voz de muchacha que no se esfuerza por teatralizar y que por esto mismo está llena de sinceridad y sugestión.

V

Entre tanto, la pequeña Eglé había salido al balcón. Rohan, ganado por la bella música de Tosti y — más que todo por el recuerdo que tenía de la Pacini, — atrajo la criatura á sí y comenzó distraído á acariciarle el cabello. Poco á poco Eglé se fué aproximando á su amigo y al rato, bajando Rohan la mirada, vió los ojos azules de Eglé fijos en los suyos con una expresión de hondo examen, ó más bien que había comenzado siendo examen y no era sino ahora una muda contemplación.

La criatura, al verse observada, miró á otro lado. Rohan detuvo lá mano y Eglé se apretó más aún á él.

—Se va? — le preguntó.

Sí, mañana — respondió Rohan, jugando con su cuello. La pequeña se calló.

—Se va? — repitió luego, distraída.

—Sí, mi novia, sí — repuso un poco sorprendido. Notábala á Eglé anormal. La criatura volvió á mirarlo, pero apartó en seguida los ojos. Un momento después los alzó de nuevo, dilatados.

—Vd. me quiere? — le preguntó con la voz tomada.

—Te quiero mucho, Eglé.

—Ella lo miró hasta el fondo con desconfiada angustia. Luego agregó mirando á otro lado, en un convencimiento de largo tiempo:

—Yo lo quiero mucho.....

Rohan la atrajo más y la besó enternecido.

—Eglé.....

—Lo querré siempre—continuó, casi por llorar. Rodeó con su brazo el cuello de Rohan y se mantuvo así estrechada á él. Rohan, conmovido sin quererlo, le preguntó en voz muy baja:

—Y cuando seas grande, me querrás?

Ella sacudió la cabeza como las mujeres,

cuando la pregunta es dolorosa á fuerza de evidencia:

—Sí, sí.....

—Y te casarás conmigo?

No respondió, pero unió más su cara á la de él, estremecida. Sus ojos, llenos de lágrimas, contaron á la luna lejana esa insuperable dicha que nunca, nunca había de llegar! No hablaba ya, abrazándole siempre y con su mejilla húmeda apretada á la de él.

Rohan no sabía qué hacer. ¿Qué decirle? Sentíase un poco en ridículo, hasta que la voz de Mercedes lo llamó adentro. Había concluído la música y era imperdonable que un hombre bien educado, como había cierta presunción para creerlo en Rohan, hiciera tan mezquino caso de sus amigas que querían distraerlo.

—No, oía todo. Muy bien, Lola. Lástima grande que, cuando vuelva, ya no la oiré.

—Por qué?

—Supongo que estará casada.

—Vd. cree? — saltó Mercedes. — Con ese, no; es demasiado informal para Lola. A mí me gustaría.... ¿quieres, Lola?

—Si estuviera tan seguro de vivir cien años como de que la voy á hallar soltera.....

Mercedes entornó los ojos.

—El señor de Rohan me pa-re-ce.....

--.....Qué?

—Oiga — prorrumpió. — Esto va á decir Vd.:

«De nieve están cubiertos mis cabellos;
¡cuán pronto envejecí!....»

La madre sacudió los hombros y se fué á otro lado.

Lola, desde el sofá en que se oprimía los ojos, con sueño ya, continuó:

«Un año ausente de tus ojos bellos.....»

—Cuáles? — inquirió Rohan.

—Bah!—repuso Mercedes, hamacándose con

las manos juntas entre las rodillas: — Mis ojos no, señor duque..... — Y lo miraba, levantándolos desde el puf, con una de esas sonrisas irónicas que nos hacen pensar si no hemos perdido antes, mucho antes, alguna ocasión que ya no nos concederán.

Por fin, seriamente, se despidió. Eglé estaba apoyada de espaldas en la cola del piano. Rohan inclinóse y le levantó el mentón.

—Adiós, Eglé.

—Adiós.

—Me quieres dar un beso?—le dijo con una segura y vanidosa sonrisa de hombre que sabe bien domina la situación.

Pero la criatura lo miró tan desconsoladamente que sintió vengüenza y la besó, serio.

VI

El viaje de Rohan duró ocho años. Después de una larga temporada de idilios de

muchachos americanos que van muy jóvenes á París—y por supuesto en bohardillas, para más carácter—dedicóse á conocer bien la pintura. Frecuentó talleres y museos con la asiduidad exagerada de quien trata de convenirse así de un amor que no siente mucho; leyó cuanto es posible leer sobre arte, y al cabo de tres años de esta efervescencia de erudición, un libro cualquiera le hizo ver de otro modo las cosas é ingresó en un taller de fotograbados, á fin de hacerse honradamente útil. Lo primero que hizo fué comprar una blusa azul, y lo segundo volver diariamente con ella á su casa. Siguió dos meses el aprendizaje. Supo cosas preciosas para un obrero, mas absolutamente superfluas en él, y al cabo de este tiempo, devorado por la repugnancia de su propia mentira que á fuerza de sofismas diarios trataba de sostener en sí mismo, abandonó todo. Aunque le constaba que lo que iba á hacer era una mons-

truosa farsa, compró una máquina completa de fotograbados para *trabajar* luego. Su padre, bastante encantado de esa febril procura de vocación, común en los seres que no tienen fuerzas para la que verdaderamente sienten, esperaba.

Pero entre tanto el estómago de su hijo, que había dejado en paz á éste esos años, volvía á digerir por su cuenta. Tras la dispepsia llegaron los estados neurasténicos y con éstos la desesperante obsesión de sentirlos, y los microbios y el terror á la tuberculosis. Fueron tres años duros, sin hacer absolutamente nada—pensar no es trabajo para un neurastánico—que Rohan digirió tan penosamente como su kefir.

Se levantaba tarde siempre, con los riñones deshechos y la boca pastosa. Cepillábase dientes y lengua con monótona perseverancia; la limpieza de aquélla, sobre todo, le era particularmente calmante. Luego se lavaba

largamente cabeza y cara en agua fría. Sin apetito ninguno é imposibilidad de tomar alimentos líquidos, sentía repugnancia por el café con leche, té con leche, cualquier cosa análoga. Lo único que toleraba, y aún le hacía bien, era el café solo. Asimismo sentía náuseas en seguida, que llegaban á veces á regurgitaciones de flemas ácidas.

Salía después. Caminaba un rato despacio, sin ánimo para nada. Volvía á almorzar sin apetito, repugnado. Le era imposible comer los platos de su casa. Iba á un restaurant, recorría la lista buscando uno que le agradara, sin encontrarlo casi nunca. Masticaba indefinidamente, no resolviéndose á tragar. Llegaba al postre como á una liberación. Los dulces le daban náuseas; las frutas, en cambio, eran una delicia para él.

Retornaba á su casa en ómnibus, la cabeza pesada, los ojos irritados. Entonces comenzaban las horas fuertes. Las manos, sobre

todo. Sentíalas temblorosas, sin fuerzas, calientes. Las extendía — ó más bien las deponía — sobre la mesa, buscando á cada rato las partes frías. Esta sensación le era muy dolorosa. No podía tenerlas libres; necesitaba apoyarlas sobre algo para que dejaran de temblar. Sentía la boca amarga y llena de espesa saliva que deglutía monótonamente.

Una hora más tarde empezaban las palpitaciones de corazón, zumbidos de oídos y llamaradas de calor á la cara. La piel de los muslos se le erizaba de frío, irradiando el chucho á todo el cuerpo. En este estado le era ya imposible estar de pie y se tendía vestido en la cama, envolviéndose hasta la cintura en mantas. Al rato, los chuchos cesaban, calentábansele los pies y las manos dejaban de temblar. Lo que persistía eran las palpitaciones del corazón. Casi siempre tenía que acostarse del lado izquierdo, pues así las sentía menos. Pero en el oído que apo-

yaba en la almohada, la arteria golpeaba repercutiendo en su cerebro blando y dolorido, como si se dilatara y contrajera á cada pulsación.

A la hora cesaban; el cuerpo entraba en franco calor y se sentía bien. Pero entonces la cabeza se le iba. Parecíale que la cama descendía por un plano inclinado á abismos remotos, sin roce alguno. Un momento después volvía á subir con silenciosa é infinita rapidez, empleando en la ascensión miles de años. En otros momentos, la cadencia monótona de la canilla que goteaba en el corredor cobraba ritmos vertiginosos, precipitándose hasta retumbarle su ruido en la cabeza ó retardándose todo el tiempo necesario para sufrir la angustia de esa infalible gota.

Sobreveníale en pos de esto una sensación de disgregación síquica, por la que dejaba de estar ya en su cuerpo. Su espíritu, arrojado fuera, flotaba en la atmósfera del cuarto, des-

menuzado en partículas semiinconscientes. Se veía á sí mismo, inmóvil, cerrados los ojos, las piernas envueltas en mantas, y sobre todo un terror inmediato de morirse, de estar vestido y muerto en la cama sin que él pudiera darse cuenta.

Esto durábale media hora—á veces más, pero raramente. En estos momentos le era insoponible cualquier presencia, aún la de su mejor amigo. Y este injusto sufrimiento para él y para el otro llevábalo á estados de profunda é íntima tristeza en que se compadecía á sí mismo.

A las cuatro, por fin, comenzaba á reaccionar decididamente. Su cabeza se afirmaba, sentíase mucho mejor y se levantaba. Salía á caminar, hacía algo y comía con regular apetito. De noche se encontraba perfectamente bien, el cuerpo caliente y el espíritu fuerte y expansivo. Pero como es natural, la reacción—demasiado violenta—provocábale alegrías inmotivadas é insensatas.

VII

Un día, saliendo de su casa, entró en una panadería y compró cinco céntimos de pan que comió en entera sustancia. Hacía una semana que no tomaba sino un litro de kefir por día. Pero tras largas horas de cavilaciones al respecto, habíalas concretado por fin en este razonamiento:

Todo trastorno de un estómago lesionado cede á un régimen adecuado al carácter de aquéllos: dieta, leche, bismuto, bicarbonato, etc. Yo he ensayado todo y no he sentido el menor alivio. Si mi estómago estuviera verdaderamente enfermo, al cabo de un mes de severo régimen debería sentirme infaliblemente mejor; poco, pero mejor. Y he aquí que un

simple trago de agua me hace tanto daño como una comida completa, lo que es absolutamente ilógico. Luego, yo *no tengo nada* en el estómago. Mi depresión no es sino lógico resultado de mis nervios debilitados por escasa alimentación; y como, á su vez, aquélla no me permite nutrirme bien, no me queda más que este círculo vicioso : Estoy mal porque no como bien, y no puedo comer bien porque estoy mal. Ahora, si continúo en este tren, mi estómago, perdiendo poco á poco su capacidad de digestión por falta de ejercicio, llegará á no poder digerir absolutamente nada y me moriré. Luego, otra vez, es menester que coma, y bien, porque mi estómago *no tiene nada*.

Tal acaeció. Salvo el malestar de la glotonería, nada sintió con su pan, y desde el día siguiente se encontraba curado. Sacó de ello la convicción completa de que nunca más dejaría que su estómago volviera á *preocuparse*.

Sano ya, no volvió á pensar en erudiciones farsantes ni azules blusas de trabajo. Veía claro muchas cosas por la sencilla razón de haber pagado su tributo de zonceras y tener sobre todo ocho años más. No buscaba vocaciones, comenzando ya á sentir oscuramente la suya, que debía ser más tarde una profunda y enfermiza sinceridad consigo mismo. Pero tampoco se hallaba con ánimo para nada, y al cabo de este tiempo volvió.

Durante su estadía había sostenido con las de Elizalde poca correspondencia. Recibió de Mercedes cinco ó seis cartas, que él contestó con gran retardo. En los primeros cuatro años envió una sola, pues quería romper con todos sus recuerdos de América para vivir más puramente las impresiones de París. Luego, la sinceridad naciente fué borrando poco á poco todo aquello que no era suyo, y en este estado escribió á Mercedes una larga carta llena de cariño, dándole cuenta de una

infinidad de cosas nimias, prueba de que se sentía más bueno y más contento. Mercedes le respondió con igual extensión. Supo así que Lola se había casado, pero que en cambio ella, á pesar de su *belleza*, corría gran riesgo de no hacerlo nunca. «Tengo ya veintiséis años y Vd. está tan lejos! Se compuso del todo de su estómago? —etc., etc.»

VIII

Ciertamente, una de las primeras visitas de Rohan fué á lo de Elizalde. Apenas lo vió Mercedes desde el comedor, gritó á adentro:

—Mamá, mamá! Rohan está aquí! El duque de Rohan, mamá!

Y se precipitó á su encuentro.

—Ya no podía más, amiga. Por fin la veo!

—Y yo me moría. No se encontró con pa-

pá? Se fué hace cuatro meses. Cómo le fué?

—cuénteme — cómo le fué?

—Divinamente. — Y tuvo que responder á las febriles preguntas de asombrosa incongruencia de la joven.

La madre había llegado. De pronto Mercedes se interrumpió:

—Y Eglé? Eglé, mamá?

Eglé entraba, y Rohan se sorprendió de reconocer perfectamente su rostro del cual no creía acordarse más. Solamente, la belleza un poco angelical de la criatura se había humanizado, más hermosa ahora por más tangible, más deseable y estar al lado nuestro. Se dieron la mano amistosamente.

—Cierto, si apenas se conocen!—observó Mercedes. — Te acuerdas de Rohan, Eglé?

—Me acuerdo—respondió sonriendo. Rohan se acordó también, pero la joven había apartado tranquilamente los ojos y miraba al patio.

Después de dos horas se levantó para irse.

—Se queda á comer, verdad, verdad? — lo detuvo tumultuosamente Mercedes. Esta lo observaba hacía un momento.

—Le hallo la expresión cansada... Enfermo, no? Sí, ya sé que estuvo enfermo.... Pero no es eso: fatigada, no cansada.... Por qué no, mamá? — levantó las cejas, al ver que su madre se encogía de hombros. Puede estar fatigada sin..... ¿Qué edad tiene?— se volvió á Rohan.

—Veintiocho años.

—Vamos á ver, dígame cómo estoy yo.— Y se paró á su frente, con las manos cruzadas atrás.—Veamos: soy tan linda como antes?—agregó, nerviosa ya por la proximidad y el examen.

—Un poco más.

--Por qué un poco más? Y por qué lo dice de ese modo?

Pero como él se contentaba con sonreír, le hizo de soslayo un mohín con los ojos

entornados, levantando la nariz y extendiendo los labios.

Luego, en la mesa, la madre lo retuvo media hora, preguntándole una porción de cosas de Europa que ella sabía tan bien como él, y no obstante darse cuenta del desgano con que Rohan le respondía por esto mismo, persistía en su empeño.

—..... y los Campos Elíseos, verdad? Muy lindos?

—Sí, muy lindos.....

—Mucha gente de día y de noche, por cierto!

—Sí.....

—Pero, de veras, son como dicen?

Al fin tuvo lástima de Rohan, y lo dejó ir á la sala, con la majestuosa y protectora tolerancia con que las madres permiten á los hombres que pasen á la sala donde están sus hijas. Mercedes tocaba el piano á vuelo tendido.

—Lo dejó ya mamá? Qué horror! Sea bueno, siéntese aquí, cerquita de mí. Cómo le fué de amores?

—Muy mal. Vd. sabe bien....

—No, no, en serio. Cómo le fué?

—Mal.

—De veras?—le preguntó con cariño.

—De veras.

Lo miró pensativa.

—Es raro....

—Por qué?

—No sé, me parece....

—Rohan se rió.

—No obstante, Vd., amiga mía, nunca se enamoró de mí.

—Oh! yo soy diferente.... eso es distinto. Fuera de que —agregó—á pesar de mis vestidos y de o que el duque de Rohan dice siempre, él tampoco se ha enamorado de mí.

Se miraron sonriendo.

—Quién sabe?

—Quién sabe? —repitió ella.— Qué más?—
continuó, comenzando á turbarse.

—Cómo qué más?

—Sí, diga otra cosa.

—Pero no sé nada!

—Dígame cualquier cosa, pronto!— conclu-
yó, alterada por su propia torpeza.

Era un crimen abusar de ella y Rohan sus-
pendió.

—Esos nervios, amiga!

—Qué nervios?

—Los suyos.

—Qué tienen mis nervios?

Estaba lanzada de nuevo. Pero acabó por
encogerse desdeñosamente de hombros.

—Qué aburrido que está Vd. hoy, Rohan!
Eglé!—se volvió á ésta, que de pie, delante
del piano, recordaba un vals con un dedo. —

—Siéntate aquí. Ahora Rohan nos va á contar
una cosa nueva.

Eglé se sentó y las dos hermanas, atentas, esperaron.

El las miró sorprendido, pasó un momento, y la situación se hizo tan francamente ridícula que se echaron á reír, levantándose.

IX

Rohan continuó visitando con frecuencia á las de Elizalde. Con los años transcurridos, el carácter especial de la amistad de Mercedes con él no cambió, aunque tal vez ahora sus provocaciones de otra época habían cobrado una forma más lánguida, más retorcida, más segura, en que se sentía á la mujer formada.

Así, en una de estas ocasiones, la joven se obstinó en que Rohan le contara algún amor suyo. Cansado ya de abstenerse, aquél empezó de golpe:

—Había una vez una madre que tenía dos hijas, con la mayor de las cuales....

Mercedes escuchaba con una de esas profundas atenciones que hacen sospechar en seguida que se está pensando en otra cosa. Muy pronto lo interrumpió:

—La quiso mucho?

—Mucho.

Se quedó callada y satisfecha.

—Dígame: Vd. cree que á mí me hubiera podido querer así?

—Creo que no.

—Por qué?

—Porque Vd. no me hubiera querido como ella, primero; después....

Mercedes se echó á reír.

—Imposible! Dice muy bien. Hubiera sido preciso.... verdad? Sí, sin duda.... Y si yo lo hubiera querido? — le preguntó — su sonrisa mareada obligándola á echar un poco la cabeza atrás. Rohan vió de este modo el

corte completo de su boca sobre los dientes. Acercó el taburete á ella hasta tocarle las rodillas.

—Veamos; adivine lo que tengo ganas de hacer en este momento.

—Diga.

—Suponga.

—No, diga!

—No, suponga!

Se sonrieron de nuevo, mirándose, y ella, siempre con los ojos entornados sin mover la cabeza, fué poniéndose gradualmente seria, como cuando empieza la emoción. Seguramente Rohan no era ya el muchacho de antes y la joven sentía que ahora no dominaba ella la situación. Sin embargo y con todo se atrevió.

—....un beso?....

Rohan sintió el golpe de la provocación y los dedos se le crisparon, llenos de hormigas. Inspiró profundamente y se decidió á romper aquélla, poniendo á su interlocutora

con una sonrisa la mano en la rodilla al levantarse. Mercedes siguió con los ojos su paseo y al rato insistió aún, arrastrando la sílaba:

— sí?

— Pero es un crimen lo que está haciendo!
— se volvió bruscamente Rohan — Vd. sabe bien que *no* quiero, verdad? A qué esas zoncetas? Y sobre todo, terrible amiga, le juro que no estoy absolutamente enamorado de Vd.

La joven lo miraba siempre, pero evidentemente sin estar ya en la situación, con esa peculiaridad femenina de apartarse de la emoción del momento, por mucho que la sientan, para pensar en posibles consecuencias si las cosas hubieran cambiado, si ella hubiera respondido otra cosa, si él la hubiera besado, etc.

Pero Eglé llegó felizmente y todo pasó. Cuando Rohan se fué, Mercedes le tendió sus manos en la puerta, muy tranquila y alegre.

—Hasta mañana, no? Es decir, hasta el lunes. Pero por qué no viene mañana?... Vd. me hace el amor, Rohan?

—De ninguna manera. En cambio, es muy posible lo contrario.

La joven lo miró un instante asombrada. En seguida se echó atrás y le hizo una profunda reverencia, tarareando.

—Matantiru — liru — liru....

—Adiós — se rió Rohan. Pero como ella se mantenía inclinada, le hizo á su vez una grave reverencia.

X

Su amistad con Eglé, en cambio, era bastante fría. Trató de serle agradable por vanidad, al principio, luego sinceramente, al encarnar en la espléndida mujer de ahora la criatura que le había llorado su amor hacía

ocho años. Aunque estaba seguro de que todo aquello fuera una enfermiza ternura de la pequeña porque se iba á ir muy lejos, la indiferencia de ahora — tan justa, sin embargo. —le parecía excesiva.

Una noche, observándola en silencio, deploró hasta el fondo del alma no volver á ocho años atrás. La veía de perfil, apoyada de codos sobre la cola del piano, el busto fuertemente coloreado por la pantalla punzó. Hojeaba las músicas, completamente ofrecida á sus ojos, en su serena y firme soledad de cuerpo deseable que tiene la perfecta seguridad de que no lo podemos tocar.

—Vd. ha cambiado mucho, Eglé — rompió él después de un largo silencio.

—Yo! — respondió la joven, sorprendida.

—Sí, Vd.; Vd. era más alegre antes. Verdad es que hablo de muchos años atrás.

—Es posible.... Pero ahora soy tan alegre como antes — añadió con una sonrisa.

Rohan no insistió y se callaron. En el fondo, él no quería hablar; pero se sentía á su pesar arrastrado.

—Lo que noto — agregó — es que Vd. era más expansiva.

Eglé se puso seria, sin responder.

—Por lo menos me quería más — concluyó, queriendo ser natural pero sintiendo él mismo su voz tomada.

Esta vez la joven volvió la cara á él, levantando las cejas de extrañeza.

—Más?....

—Me parece que sí — sonrió con esfuerzo — Aún creo que recuerdo la fecha.

Eglé hizo un ligero gesto de desagrado y dejó el piano, sentándose.

—Cómo se acuerda de eso?—preguntó al rato.

—No sé; me he acordado. Pero le ruego — agregó fastidiado por el disgusto frío de los ojos de Eglé, y, sobre todo, por su frac-

so—que no vea más allá de lo que he dicho. Me acordé no sé por qué, un recuerdo, qué sé yo! Supongo que no creerá que hablé de eso como un reproche. Lo que lamento—concluyó alterado—es haberme acordado estúpidamente de eso!

Se había levantado, paseándose con las manos en los bolsillos. Pero los dedos le cosquilleaban demasiado para tenerlos inmóviles. Cada vez que pasaba frente á la vitrina, se detenía un momento, hacía girar dos ó tres chucherías, para recomenzar á la vuelta siguiente.

—Vd. no creerá que lo odio—rompió de pronto Eglé con una sonrisa forzada.

—No, no es eso; bien lo sabe!

En ese momento Mercedes entró de la calle, abriendo precipitadamente la puerta y dejándola así.

—Rohan, lo que he visto! Y mamá? Pronto, el té, me muero de hambre—de hambre, Rohan!

Fué .adentro, volvió sin sombrero y se sentó frente á aquél.

—Rohan..... mi amigo Rohan..... Verá:—le dijo tocándole la mano.—Sabe á quien vi hoy? A Olmos, su amigo Olmos. Por qué no viene un día con él? Se interrumpió, observándolo.

—Qué tiene Vd. hoy?

Rohan se encogió ligeramente de hombros.

—Qué tiene...? Qué horror, dígame algo! Lola se encontró esta mañana con Vd? Yo lo quiero mucho, Rohan...

Pero éste estaba lleno de rabia con toda la casa, no hablaba una palabra, de modo que Mercedes tuvo que declarar, apretándose la cabeza, que su amigo estaba completamente imposible.

Pronto se fué, y Eglé, más cerca de él, lo acompañó hasta la puerta. Al despedirse lo miró.

—Está enojado? le dijo.

—Absolutamente! Pero le juro que jamás volveré á acordarme de nada.

Se fué, rabioso ahora consigo mismo por su respuesta que lo alejaba para siempre de Eglé.—Soy un imbécil, un imbécil—se decía.

Lloviznaba. Hacía una de esas atmósferas pesadas cuyo calor húmedo se siente en la frente al salir á la calle. El mal tiempo persistía, y la garúa desmenuzada que irisaba la ropa iba oscureciendo poco á poco el asfalto.

Caminó sin fijarse por dónde y al llegar á la esquina de su casa se detuvo un momento; pero decidióse á continuar. No tenía sueño, y sí demasiado malhumor para acostarse sin poder dormir. Por fin, á las dos, entró en su casa y con el portazo que dió pareció haber concluído con el hondo disgusto de sí mismo

—Mejor! Así se acabó todo!

Eglé.....

XI

Pasó una semana sin ir á lo de Elizalde. Lo que continuaba mortificándolo no era tanto la frialdad de Eglé como lo que él llamaba su torpeza de hombre de veintiocho años.—«Me he entregado en diez minutos; ni siquiera he podido sostener la voz.» Fueron siete días de vanidad herida y en el fondo, sin que él se diera cuenta, de evidente amor á Eglé, á lo cual se agregó su estómago.

Rohan había deducido de su extraordinaria cura en Europa, la convicción de que nunca más aquél volvería á inquietarlo porque él *no quería*. Cuando de repente constató, casi con más disgusto por el fracaso de su razonamiento que por su malestar mismo que, á pesar de todo, las cosas retornaban.

Comenzó á despertarse con dolor en la cin-

tura, pesadez de cabeza y el cuerpo molido, no obstante un sueño masivo de nueve horas. El apetito, imposible. Sin embargo, no quiso rendirse. Imbuíase con toda clara voluntad, apoyando con el ademán, su aforismo de antes: «No tengo absolutamente nada en el estómago» No quería caer en la antigua tortura del estudio incisivo de cada síntoma. Su estómago, no enfermo, debía entrar en seguida en la norma que le imponía su clara conciencia.

Pero no hubo sicologías posibles. A los diez días de podromos, una nueva crisis, si bien pasajera, reinstalábase con su angustioso séquito, y Rohan se resignó humanamente á sufrirla. Pidió licencia de un mes en el ministerio, donde había vuelto á ingresar, esta vez como subjefe de división.

Después de dos semanas de decaimiento, náuseas y chuchos, no quiso dejar pasar más tiempo sin ir á lo de Elizalde. Recibiéronle

con un mar de reproches por su ingratitud.

—Cómo ha cambiado en pocos días!—decíale la madre.—Su estómago, otra vez? Es horrible, yo sé. Lo único, lo único es un régimen.

—No le hace mal el cigarro?—le preguntó Eglé.

Rohan volvió los ojos á ella y se asombró de la naturalidad con que Eglé lo miraba.

—No, muy poco.

—Por qué no se va, Rohan?—prorrumpió Mercedes, que estaba alejada en la sombra.

—Mercedes!—gritó la madre severamente.

—Qué, mamá?—contestó la joven, contraída—afrontándola.—Por qué no se va, Rohan?

La madre suspiró levantándose pesadamente del sillón, que crujió.

—El día que Vd. le haga caso á esta muchacha, está perdido—dijo á Rohan. Y al pasar al lado de su hija extendió la mano

para calmar esa cabeza loca; la joven apartó la cara, como si temiera ser quemada. Eglé siguió á su madre.

—Por qué quiere que me vaya?—preguntóle Rohan, yendo á sentarse á su lado.

La joven, sombría, lo miró con los ojos entornados.

—Váyase.

—De ningún modo, si no me dice por qué.

—Váyase.

Rohan la miró detenidamente.

—Cuidado—le dijo—que va á llorar.

La joven se encogió de hombros. Al rato agregó desdeñosamente:

—Porque lo quiero demasiado, verdad?

De pronto se volvió decidida á él.

—Veamos, sea franco.

—Veamos—asintió él acercándose más.

—Vd. es franco?

—Franco.

—No va á mentir?

—No voy á mentir.

Lo miró hasta el fondo y apartó los ojos, cansados.

—Vd. cree que lo quiero?—dijo al fin.

Rohan le contestó seriamente:

—No.

—Verdad?

—Verdad.

La joven lo miraba ahora, pensando evidentemente en lo que habría sucedido si él hubiese respondido....

Rohan acababa de ponerse en pie, cuando la joven le extendió las dos manos.

—Levánteme.

Notó claro el cambio de su voz. Eglé tocaba el piano en la sala. La levantó, y con el mismo impulso, rápidamente, cruzó sus manos detrás de la cintura de la joven y la besó en la boca. Ella lo rechazó bruscamente. Rohan se compuso maquinalmente la corbata y entró en la sala.

Cuando después de media hora Mercedes llegó á su vez, la madre defendía Europa de Rohan, que mostraba una agresión extremada, si bien riéndose.

—Pero vamos á ver—objetaba la madre.— Por qué dice eso? Vd. ha estado ocho años, es inteligente, sabe francés. . . sí, sí, no te rías, Eglé; podría haber vivido mucho allá y no saberlo, verdad? Y por qué no le gusta? Qué hombre!

—Sí, me gusta.

—Pero hace un momento decía lo contrario!

—No, señora; me refería á las mujeres.

—Salga! Si Vd. mismo no cree lo que está diciendo!

—Le juro que sí.

—Sobre todo lo que decía hoy!

—Eso más que nada. Figúrese que una vez...

Aunque un poco espantada, se reía de los disparates de Rohan. En una pausa, Mercedes levantó la voz:

—Rohan, que es tan inteligente, debe saberlo.

El sarcasmo fué tan visible que todos se volvieron á ella.

—Otra vez, mi hija? — prorrumpió la madre sorprendida. La joven, sin dignarse responder no apartaba los ojos de Rohan.

—Se supone todo lo contrario, no? — sonrióse éste, inseguro.

—Y cómo quiere que se lo diga? — respondió la joven con rabia.

Rohan se encontró violento, á pesar de su confianza con la casa.

—Qué le ha hecho? — le preguntó la madre.

—Nada, absolutamente nada—respondió con temor de los nervios de Mercedes. Pero como ésta no apartaba de él sus ojos de sombrío combate, reanudó en seguida la discusión.

Al conciliado final de ella, Rohan se vol-

vió á Eglé, que no había apartado los ojos de él mientras hablaba.

—Y á Vd., le gusta Europa?

—Sí, mucho—le contestó sonriendo.

Tras sus ataques paradójicos — pero ataques siempre—había temido que Eglé quisiera halagarlo, poniéndose servilmente de su parte. Sintióse orgulloso de ella.

—Ah! nos olvidábamos de decirle—lo detuvo la madre, al despedirse.—El martes nos vamos á la quinta. Hace mucho calor aquí, y mi corazón..... Irá pronto á vernos? Sigue un régimen, no? Cuídese mucho; yo sé lo que es el estómago. Lola, el primer año de casada, sufrió también horriblemente. Ahora lo hallo mucho mejor — concluyó observándolo.

—Sí, señora, de noche; pero mañana recomienzan las cosas. En fin, hasta pronto.

Mercedes se había acostado ya, de pésimo humor. Eglé lo acompañó hasta la puerta.

—Irá pronto?—le dijo al darle la mano.

Rohan la miró y vió sus ojos azules turbados, á pesar de la tranquilidad de la voz. Los párpados le temblaban imperceptiblemente. Él detuvo la mano en la suya.

—De veras?—le dijo en voz baja.

Eglé la desprendió con una sonrisa.

—De veras.

Rohan salió caminando apresuradamente, loco de contento. No veía otra cosa que su último momento con Eglé, su Eglé, siempre su Eglé, gozando su bullente felicidad en precipitación de pasos y apretones de manos dentro de los bolsillos, hasta reírse él mismo de su entusiasmo.

XII

Al día siguiente, á las dos, no pudo menos de ir á lo de Elizalde. Ni Mercedes ni Eglé

estaban; habían ido después de almorzar á la quinta, á arreglar un poco aquello. Tuvo que resignarse á perder un cuarto de hora con la madre.

—Qué horror, Rohan! Tiene un semblante atroz. Pasó mala noche, no? Pero es posible que tenga frío con este día?—añadió, fijándose en el sobretodo.—Bájese el cuello, por lo menos!—concluyó riendo.

Pero Rohan tenía demasiada experiencia de sus fríos para condescender con la maternal solicitud; ni aún sacó la mano de los bolsillos. Tuvo que irse, fastidiado de su fracaso.

Pasaron luego ocho días malos. Al fin, re-
puesto, fué á Constitución, tomó el tren de las cinco y ocho, y los veinticinco minutos parecióronle sobremanera largos. Dos ó tres veces miró inquieto el sol, temiendo llegar demasiado tarde. Quería verla en plena luz, ver bien sus ojos, con el ligero fruncimiento

de cejas que le era habitual cuando miraba con atento cariño. Llegó, subió el puente sin apresurarse—ahora que iba á verla—como si se debiera ese sacrificio de amor. Desde la primer curva de la avenida Meeks distinguió el grupo blanco en la vereda—la madre y Eglé sentadas en el banco de piedra, Mercedes recostada sobre las manos en un paraíso. Al cruzar la calle lo conocieron. Mercedes avanzó á su encuentro afectando no verlo, para evitar la ridícula y cariñosa situación de dos amigos que reconociéndose de lejos no pueden contener la risa.

La joven lo recibió como si no recordara más su última noche.

—Sanó ya? Qué felicidad! Qué aburrimiento, Rohan! Se queda á comer, verdad? Sí, se quedará?

Como la insistencia estaba llena de la más cordial buena fe y su intención, por otro lado, no era otra, respondió que sí. En cambio,

notó desde la primer mirada que Eglé no quería acordarse de nada. Lo saludó rápidamente, volviéndose en seguida á comentar con su madre un grupo que pasaba por la vereda de enfrente. La indiferencia era excesiva para ser sincera; pero aún así Rohan sufrió un golpe doloroso. Prosiguió charlando con Mercedes, sin denotar en mínima expresión su trastorno. Al revés de lo que le acontecía cuando estaba solo, en que todas sus emociones subíanle al semblante, en presencia de gente disimulaba maravillosamente aquéllas.

Qué tarde divina!—suspiró al rato la madre, mirando el cielo—No sé por qué no vivimos aquí siempre... Caminemos, le parece?

Se pusieron en marcha, siguiendo la Avenida hacia Temperley. A cada instante tenían que apartarse ante el ciclismo titubeante de chicas con la capota blanca caída atrás, cuyas ayas prestaban el hombro dormido al incipien-

te equilibrio. No siendo posible marchar sosegadamente, tomaron una avenida transversal, al oeste.

Caminaban despacio; Mercedes y Eglé iban adelante, dejando jugar los brazos pendientes alrededor de las caderas. Cantaban en voz baja. De pronto Mercedes se quejó:

—Eglé, por favor!...

Eglé tenía muy poca voz y aún afinaba mal. Acostumbrada á las protestas auditivas de su hermana, sonrióse sin interrumpirse. Rohan la miró con profunda ternura.

—Qué tarde!—volvió á repetir la madre, como si jamás hubiera visto una igual. Todos se detuvieron, volviéndose al camino recorrido.

El crepúsculo era realmente apacible, de una frescura húmeda de quinta. La calle adoquinada, limpia por el aguacero del medio día, albeaba hacia el centro, entre la doble fila de paraísos y álamos cuyo follaje som-

brío oscurecía las veredas. No hacía viento; todos los molinos estaban inmóviles. Las voces, cortadas, se oían claras y distintas en las quintas vecinas — las de mujer sobre todo. A pesar del olor á carbón y pólvora que enviaba la vía, sentíase de cuando en cuando el fresco olor de los eucaliptos de Temperley, cuya masa pizarrosa se confundía al suroeste con el cielo. Una tenue neblina esfumaba las frondas quietas, suavizaba más el paisaje, dando al atardecer moroso y sin viento una tranquilidad edénica.

Volvieron lentamente y era ya de noche cuando llegaron á la quinta. Después de comer repitióse el paseo; esta vez Rohan al lado de Eglé, dirigiendo juntos la marcha hacia Temperley.

—Cuidado, Rohan! — alzó la voz Mercedes tras ellos. Se volvieron. Mercedes, que avanzaba con la cabeza al aire, articuló lentamente:

—«Había una vez un joven pobre que amaba».....

La insinuación era demasiado directa para que no se sonrieran; pero continuaron serios, embargados por esa precipitación fuera de tiempo.

Rohan tenía locos impulsos de aclarar su situación — quererse francamente — pero temía con horror dar otro paso en falso. Después de la primera noche en que habló con Eglé de eso—al recordarle el cariño que ella le había tenido, sentía siempre la vergüenza de que Eglé creyera que él había evocado fatuamente su apasionamiento de criatura para exigirle su amor de mujer.

Caminaban uno al lado del otro, muy ocupados en observar atentamente cada carruaje del corso. Pronto pasaron su límite. Eglé, seria, miraba obstinadamente la calle, los ojos agrandados en una expresión de inquieta espera.

—Poca animación—dijo de pronto Rohan.

Sabía bien que no la iba á engañar con esa frase indiferente y que ambos se conocían turbados; pero no se le ocurrió nada mejor. Eglé se lo agradeció.

—Sí, muy poca—repuso—y con la tarde tan linda.....

Se callaron de nuevo.

—Le agrada que haya venido?—díjole Rohan de pronto, con la voz un poco baja y ronca de cariño.

Eglé arrugó la frente, tardando un momento en contestar.

—Por qué?—preguntó al fin.

—Por lo pronto—respondió él secamente—porque creía que eso le iba á agradar. Tiró el cigarro y se abotonó el saco con dedos nerviosos.

—Francamente—agregó—es Vd. admirable! Si no temiera disgustarla más de lo que le disgustan mis ridiculeces, le diría el nombre justo de lo que está haciendo.

La joven se rebeló.

—Qué hago yo?

Rohan la miró con toda la rabia que le producía ese vil coqueteo.

—Lástima que no pueda decirle nada!—concluyó amargamente, volviendo los ojos á la calle.

Prosiguieron, mudos. Detuviéronse una cuadra antes de Temperley, debajo del farol, mirando ambos obstinadamente á Mercedes y la madre que avanzaban bajo el umbroso cenador de los paraísos.

Eglé se volvió á él.

—He hecho mal?—le preguntó con la voz sumisa.

—Claro!—respondió violentamente sin volverse. Y continuó mirando á lo lejos, el ceño contraído, y dolorido hasta el fondo del alma.

Volvieron, Rohan esta vez con Mercedes, pero presa de un seco mutismo. Al llegar

detuviéronse en grupo y la familia entera saludó á sus vecinas, también en la verja. Rohan estaba de espaldas á la calle.

—Pero Rohan, salude á las de enfrente!— le dijo Mercedes rápidamente y en voz baja, sin dejar de inclinarse y sonreír aún.

—Oh!, no tengo ganas!—respondió aquél fastidiado. A pesar de las instancias de Mercedes para que se quedara, fuése enseguida á la estación. Abrióse camino un poco brutalemente entre los tercetos y cuartetos del brazo que colmaban el andén, subió en el primer tren que pasó, tiró el sombrero al lado, recostó la cabeza y cerró los ojos, hundiéndose amargamente en su derrumbe total, porque comprendía que después de lo que había dicho no le era posible ya recomenzar jamás.

XIII

Pasaron dos meses. Rohan y Eglé gastaban sus nervios simulando perfecta indiferencia. Cuando la conversación era general y sobre todo cuando el grupo prestaba atención á una sola persona, observábanse fugitivamente. A veces sus miradas se encontraban, y desde ese momento insistían infantilmente en dirigirse la palabra con la más clara expresión de naturalidad, para que el otro no creyera, etc. Se llamaban á veces por el nombre de un extremo á otro del comedor, á fin darse prueba de cabal dominio de sí. Pero ambos sabían que, á pesar de esto, no lograban engañarse uno á otro y que su amor continuaba creciendo en el fondo de esas bravatas.

Con todo, Rohan iba poco á lo de Elizalde. Una mañana, después de ocho días de au-

sencia, se encontró con la familia en el centro y tuvo que acompañarla á la estación. Dos ó tres choques picantes con Mercedes distrajéronlo de la inmediatez excesiva de Eglé, sentada á su frente. En el andén logró aislarse con Mercedes en vertiginoso dúo, forzando á tal punto la libertad de historias que ella le concedía, que la joven tuvo que advertirle dos ó tres veces que era absolutamente imposible seguir oyéndolo. Llegaron hasta la locomotora y el crudo resplandor del día les hizo volver presto. Adentro, la diáfana luz tamizada en que los ojos descansaban abría el pecho con alivio. Sobre el portland luciente sus pasos resonaban claro á contratiempo. Una carcajada que Mercedes no pudo contener se propagó nítida hasta el portón de entrada.

Al sonar la campana, Rohan subió con ellas un momento, sentándose al lado de la madre. Eglé se colocó junto á la ventanilla, mirando

hacia el portón. Mercedes, el busto erguido, cruzó la sombrilla sobre las rodillas, como si fuera en el medio en carruaje. Tenía la mirada febril y se mordía nerviosamente la parte interior del labio. Rohan miró el reloj.

—Cuándo va á vernos, Rohan!—quejóse la madre, aunque en verdad la queja era por el calor que hervía dentro de su enorme corsé. —Hace quince días que ha desaparecido. Está enfermo otra vez?

—No, señora, iré pronto.

—De veras?

—Sí, mamá, mañana—apoyó brevemente Mercedes.

—Lo esperamos uno de estos días?—continuó aquélla sin hacer caso de su hija.

—Mamá, te digo!.....—sacudió la cabeza impacientada.

—Muy bien, iré mañana, señora. Como su señorita hija tiene especial empeño en que vaya.....

—Ah, no!— lo detuvo la joven levantando las manos abiertas á la altura de la cara — Ah, no! Yo no deseo absolutamente nada; muchas gracias. Solamente—añadió mirando fastidiada á otra parte—que de Rohan se muere por ir.

Rohan vió á dónde iba y la desafió.

—Por ir, nada más?

—Y por Eglé!—acentuó claro á su provocación. Eglé volvió la cabeza y lanzó á Rohan una fría mirada. La madre puso la mano sobre un paquete y levantó la vista con perfecta incomprensión de madre que no quiere comprender.

—Nada, mamá! Hablo con Rohan.

Este, mortificado, no supo en verdad qué decir.

—Qué penetración! — se le ocurrió al fin, convencido mientras se le ocurría, lo decía y acababa de decirlo, que era una vulgaridad. La joven lo comprendió también y se encogió de hombros.

—Hubiera creído que los hombres son más inte... ocurrentes.

—Mercedes!—clamó la madre.

—Bueno, inteligentes, in-te-li-gen-tes! Así! Yo no tengo la culpa si Rohan dice zonceras!

Continuaba erguida, la sombrilla perfectamente equilibrada entre las manos. La madre miró á Rohan y éste se echó á reír con esfuerzo. Eglé volviöse de perfil á su hermana, pero como ésta seguía vibrante, cambió con Rohan una sonrisa forzada, riéndose en seguida con la madre. Cruzóse de piernas y se arrellenó en su rincón, seria de nuevo. El tren salía y Rohan bajó. Apretó rápidamente la mano á la madre y á Eglé, y tuvo que detenerse allí porque Mercedes, por toda respuesta á su mano extendida, se encogió de hombros sin dignarse volver la cara.

XIV

A los cinco días fué Rohan á Lomas. Obtuvo suficientes reproches por su descortesía, haciéndose esperar de ese modo. En desagravio se puso á los pies de la familia, asegurándoles muy seriamente creyeran en el grande encanto que sentía dentro de su alma al verse retado así por tan mínima ingratitud.

—Qué alegre está hoy!—le dijo Mercedes, volviendo á medias la cabeza á él. Su mutuo saludo, esa tarde, no había sido muy cordial, á pesar de que el tiempo transcurrido era ya más que remoto para que continuaran aún en tensión los nervios de la joven.

—Sí, estoy bien hoy—le respondió acercándose á ella.—Sólo me hace falta su cariño.

Mercedes echó la cabeza atrás, entornando los ojos.

—No se va á morir, Rohan?

Rohan se paró francamente delante de ella.

—Hagamos las paces—le dijo con sincero cariño. Tan cerca de ella estaba que sintió su perfume distendiéndole los nervios en una ola profunda de languidez. Recorrió sus facciones y se detuvo en la boca entreabierta. Mercedes hizo á su vez el mismo examen de facciones, fljándose también en la boca de él. Pero tuvieron que apartarse; un muchacho lampiño con una erupción en la cara pasó en bicicleta, volvió la cabeza sobre el hombro y miró fijamente á Mercedes. Eglé y la madre, muy separadas, retornaban lentamente del minúsculo paseo á la esquina.

Empezaba á anochecer. Rohan, que en las dos ó tres veces que fuera los domingos de tarde había tenido la dicha de hallar á las de Elizalde sin deseos de pasear en el corso, hubo de resignarse entonces á entrar con

ellas, ya que su ofrecida devoción de ese día le impedía resistir. Se lanzaron á aquél, oprimidos en la estrecha caja del brec, saludaron, se llenaron de polvo, se aburrieron, sin más utilidad para Rohan que ver las eternas é insistentes miradas masculinas á Eglé.

Por fin retiráronse, de noche ya. Mercedes bajó de un salto sin tocar el estribo. Atravesó el arriate por ser más corto camino. Como el césped estaba recién regado se levantó la falda con las dos manos, cual era distinguido. A Rohan, que la miraba, el aspecto de la joven, ensanchado y desgarrado por la inmovilidad de los brazos, le chocó profundamente.

—Parece una gallina clueca—murmuró sin darse cuenta.

—Me habla, Rohan?—observó la madre.

—No, señora; miraba la araucaria esa.

—Sí, nuestro jardinero es muy bueno.

Ni aún en la mesa cesó el enojo de Mercedes con Rohan. Todas las veces que lo

nombraba se refería al *duque de Rohan* con incisiva negligencia.

—Te fijaste, mamá, en las de Santa Coloma? Ya no saben cómo mirarnos. La menor nos devoraba con los ojos. A menos que mirara á Rohan—añadió, haciendo correr unos centímetros su copa sobre el mantel. Aquél habíase dispuesto á responderle con buena fe.

—Cree?..... No es muy posible, porque no me conocen..... No me fijé.

—Es una dicha —sonrió compasiva. No lo miraba al hablar. Continuaba mortificándolo, no obstante el visible cansancio de Rohan por esa agresión sin fin. La madre intervino dos ó tres veces, pero Rohan en seguida se echaba en cara su intolerancia y bromeaba. Los sarcasmos de Mercedes, exasperados por la porfiada mansedumbre de Rohan llegaban ya á un grado alarmante, cuando de pronto la joven levantó el mantel y miró debajo de la mesa.

—No se estire tanto, Rohan, que me va á tocar los pies.

Rohan se volvió sorprendido y en ese instante sintió su propio pie estrechado. Mercedes, inmóvil, lo miraba con una expresión turbia de obstinación y mareo.

Antes que Rohan hubiera tenido tiempo de hacer el menor movimiento, había retirado los pies sin hacer ruido.

—No alcanzo, Mercedes — respondió. Aunque quiso hablar ligeramente, su voz á él mismo le sonó á falso. Eglé miró á su hermana con atención. La madre, fastidiada al fin, dijo que esas no eran las bromas más adecuadas en una niña, aunque fuesen con Rohan. Este se echó á reír.

—Soy tan poco peligroso?

La madre miró á todos.

—Quién ha dicho eso? Oh, por favor, Rohan! Quiero decir que aún para usted que es de la casa y juega con ella misma, esas bro-

mas son demasiado fuertes—sobre todo en una niña — insistió severa, señalando á su hija con el mentón.

—Bueno, mamá! bueno, mamá! Me arrepiento de todo. Quiero ser juiciosísima, más juiciosa que Eglé. Perdón, mamá, perdón, Rohan; perdón, Rohan, perdón, mamá.....

Su madre miró á Rohan con lástima, aunque también con visible orgullo. Evidentemente tenía debilidad por Mercedes.

Los antebrazos volvieron tranquilos al mantel. A pesar de la paz, la noche pesaba un poco sobre los nervios de Mercedes. Quería estar seria y de pronto rompía en carcajadas cortas y timpánicas. Un cuarto de hora después no pudo más y se rió cinco minutos sobre el borde de la mesa, con el ritmo en cascada y contagioso de las histéricas. Mientras ninguno hablaba, las carcajadas decrecían hasta perderse y la joven quedaba inmóvil. Pero en cuanto se decía cualquier cosa,

la risa volvía á jugar en su nuca, como si una sola palabra desordenara aquélla. Al fin los nervios se aplacaron, si bien Mercedes tuvo que evitar largo rato mirar á nadie, viéndose claro en su rostro el esfuerzo para contenerse.

Entretanto habían concluído el café y Eglé, la cara apoyada en la mano, hacía vibrar un bol. El lamento del cristal surgía temblando del agua irisada y ondulaba en el aire con una pureza de diapasón.

—Mi hija, deja eso—háblele dicho la madre, cuidadosa de la corrección. Pero Eglé, entretenida y pensativa, no suspendió su juego.

—Y si fuéramos á la estación?—rompió Mercedes, serenada ya.—Vamos, Rohan? Mamá, Eglé?.....

Como hubo mayoría, pues á esa solución solían someter sus gustos diversos, los disidentes se resignaron. La madre fué un momento á arreglarse y Eglé la siguió.

—Venga, Rohan—le dijo Mercedes, componiéndose rápidamente la falda.—Vamos á esperarlos en la puerta. Déme el brazo para probarme que no está enojado conmigo.

Antes de llegar á la verja Rohan se detuvo, cogióle las manos y la miró sonriendo en plena cara. Ella intentó débilmente echarse atrás, pero como él se mantuviera, respondió á su sonrisa con esfuerzo.

—Qué lástima!—murmuró Rohan, balanceándola ligeramente. La recogió de la cintura y aproximó su cara. Mercedes no intentó desprender su boca ni hizo con ella un movimiento. Sintió un rato sus labios aplastados y gustó así, inerte, el mismo fuego que Rohan devorándole la boca. Cuando éste retiró la suya, Mercedes se desprendió siguiendo hacia la verja. Apoyóse de espaldas en un paraíso y miró la luna sin pestañar. Rohan se sentó. Hallábase incapaz de decirle la menor cosa, fuera de que sentía que toda pala-

bra alusiva á lo que acababa de pasar chocaría profundamente á ambos.

—Qué hermosa noche!—murmuró Mercedes, siempre con la mirada fija en la luna. Rohan miró con novedad la noche, tratando de orientarse en ese inesperado pensamiento. Al rato la joven le preguntó con la voz distraída:

—Vd. sabe que Eglé lo quiere?

Rohan sintió una instantánea y profunda ternura por ella; le pareció que había equivocado su amor hasta ese momento, que era á ella, á Mercedes, á quien quería.

—Tiene celos de Vd?—murmuró.

Por toda respuesta, se encogió ligeramente de hombros. La luna de plata agrandaba sus ojos fijos.

—Tengo ganas de llorar—dijo al rato suavemente.

Rohan se levantó. Su cariño llegaba ahora á la compasión, á esa profunda compasión hecha de un verdadero río de ternura que

brotó del corazón masculino tocado en ciertas fibras; esa misma compasión que nos hace decir, sin motivo alguno para ello, acariciando á la mujer querida: «¡Pobrecita! ¡Pobre, mi amor!»....

Se contuvo. Llegaban la madre y Eglé, ésta con distinto cinturón. Rohan la miró con la impresión de haber dejado de verla varios meses y sobre todo como si se hubiera olvidado de que era tan bella. La observó encantado y con una honda inspiración á la sola idea de llegar algún día á besarla.

XV

La estación desbordaba de gente. Habiendo entrado por el pesadizo norte, tuvieron que detenerse allí, en la más absoluta imposibilidad de dar otro paso. Ocupáronse en mirar la cara de las paseantes en cadena, que, lle-

gando hasta ellas, volvían atrás — las de Elizalde cambiando á su respecto rápidas observaciones tras ojeadas de abajo á arriba; Rohan, notando más que todo la mansedumbre con que las muchachas soportaban el examen de sus amigas. De lejos sabían aquellas que al llegar allí iban á ser desmenuzadas; y sin embargo las muchachas, incontestablemente mal vestidas por falta de dinero, avanzaban sin la menor turbación hacia las de Elizalde, erectas é impasibles en la seguridad de su ropa intachable. Rohan, en disposición de ternezas esa noche, sentía gran simpatía por las pobres chicas.

Un riente saludo de la familia al andén opuesto lo distrajo.

—Crucemos—dijo la madre.—Son las de Olivar; vamos á charlar un momento.

Sobre todo, era más distinguido pasear por allá. Abriéronse paso como les fué posible y los dos grupos se unieron. No obstante po-

der caminar ahora en paz, el runruneo de enfrente atraía sus ojos, y entre la conversación general los comentarios proseguían, esta vez con saña doble por tratarse, no ya de una familia bien vestida, sino de dos que estaban juntas. Cada vez que Rohan oía algún nombre, miraba también á la persona aludida sin comprender en verdad dónde justamente estaba la falta de su compostura. Desde allí le parecía más espantoso el rodeo ovino de las paseantes. Iban de un lado á otro, dándose vuelta infaliblemente en cada extremo del andén, como si allí concluyera el mundo. Hacíanlo con lentitud, sudor, caras enrojecidas y gran felicidad de pasear. Todo esto, visto tras el enrejado, daba á Rohan una impresión de cosa irracional y persistente que nos ha acongojado ya en pesadilla, un espunteo vertiginoso de máquina de coser y que arrastra consigo todo el sistema planetario, como cuando uno tiene fiebre. En el

fondo, Rohan sentíase un poco febril. Luego los expresos, ulalando á toda velocidad, con su cola de viento que montaba los papeles de la vía sobre el andén y hundía los vestidos entre los muslos.

Rohan intervino asimismo en dos ó tres temas suficientemente masculinos para no aburrirlo, y escuchó los demás entre las sensaciones de su estómago, en labor de pésima digestión.

—Por ejemplo—oyó á la menor de Olivar —los chascos que uno se lleva. Me acuerdo de Iris. Por qué los periodistas no dicen claro lo que es?

Esto suscitó á Rohan una frase que Mercedes empleaba á menudo: «Vamos á la calle Florida á ver á los hombres» Lo que le parecía más curioso era la cantidad de necedad que había en la chica de Olivar, defendiendo su pudor contra Iris, sin que ella lo creyera ni remotamente tan sensible, sin que lo creye-

ran las otras, sabiendo una que las otras no creían, sabiendo éstas que todas ellas no creían, y entre tanto se mentían admirablemente.

—Y hablan entre ellas—se decía—Nadie las oye; y se solazan en esa vil farsa. Fuera de la hipocresía sexual para mentir de ese modo, debe haber algo profundamente podrido en toda esa gente. Antes, antes es posible que esa moral haya sido simulada, como simple adorno para luchar más por el sexo; pero ahora ya no les queda siquiera remota idea de la dignidad. Puah!

Eglé hacía lo mismo; pero desde que la conociera había presentido que tras esa vil educación había en ella real sinceridad, que podría explotar fácilmente cuando se enamorara de un hombre con dos dedos de conciencia. En último caso, su aparente impasibilidad no era para Rohan sino un sencillo disfraz de mujer muy sensible, y del que ella misma no se daba cuenta.

Por fin se retiraron. Rohan iba adelante con Eglé y no hablaban. Ella, por su parte, había estado sin ánimo en la estación y regresaba pensativa. Al rato Rohan comenzó á hallar ridículo para sí ese silencio.

—Se divirtió?—volvióse á ella.

—No mucho—respondió Eglé, oprimiéndose la nuca.

—Le duele la cabeza?

—No, me pesa un poco. Qué aburrimiento! No sé cómo á Mercedes le gusta eso.

—Ella tiene otro modo de ser. A mí tampoco me divierte.

—Yo creía que sí.....

—Absolutamente.

Se callaron. Luego Rohan murmuró:

—Curioso que tengamos el mismo gusto...

Arrepintióse en seguida de haberlo dicho, sobre todo por su fingida ironía.

A pesar del silencio de Eglé, hábiale parecido á Rohan notar en el brec, primero;

luego en la mesa; en la estación, un momento antes, ciertas miradas de fugitiva y honda fijeza y que Eglé había tenido la precaución de disimular todo lo posible. Él conocía de sobra esa expresión en sí mismo para equivocarse. — Esta noche me quiere, se dijo. — Y el demonio de la impulsividad que nos ha hecho perder muchas ocasiones por no contemporizar, le subió á la boca.

— Oyó? — le preguntó.

— Eglé! — llamó la madre de atrás en ese instante. La joven se volvió.

— Qué?

— No caminen tan ligero.....

— Oí — respondió mirando á su madre, y agregando sin pausa: — Bueno, ya vamos á llegar.....

Rohan vió por tercera vez el camino abierto, pero recordó también los desencuentros anteriores. — Apenas le diga algo concreto, se va á cerrar de nuevo. Sentíase rabioso

ahora.—Si piensa que le voy á dar ese gusto, estúpida!..... Brutalizaba como siempre en estos casos el calificativo, para afianzarse así en un estado de odio que [se creaba para resistir mejor.

Llegaron á la quinta, mudos de nuevo. Fueron todos á la sala, donde Mercedes tocó el piano con mucha más apacibilidad de la que hacían presentir sus nervios de la tarde. Al rato ella y la madre bajaron y Rohan se quedó oyendo á Eglé, que había reemplazado á su hermana.

Continuó un rato, detúvose á media pieza, comenzó otra, suspendióse de nuevo y al fin se concretó á ligar acordes. Se volvió á Rohan:

—Qué quiere que toque?

—Lo que Vd. quiera.

Al oír la nueva pieza, Rohan se sorprendió. Era una cosa vieja, no oída hacía mucho tiempo y á cuya época volvió de golpe, re-

corriendo en un segundo todos los cambios sobrevenidos. Cuando concluyó:

—Qué tiempo que no oía esto! Creo que se lo he oído tocar á ustedes antes—la interrogó.

—Cierto, es verdad—asintió Eglé. Después de un momento añadió:

—Mercedes lo tocaba la noche que usted se fué.

La evocación era demasiado viva para que no lo tornara fosco de golpe. Eglé, cogiendo una partitura cualquiera del portamúsica, recommenzó. Desde el sofá — la cabeza echada atrás — la veía de perfil. Sus ojos, que bajaba fugazmente al teclado, estaban contraídos por la luz de frente y el esfuerzo de la lectura. Ahora que la atención de su trabajo la hacía olvidarse de su fisonomía, sus rasgos se acentuaban con un gesto un poco duro que debía de ser indudablemente su expresión natural á solas.

Rohan recorría detalle á detalle su cuerpo.

El más nimio tenía para su estado actual una sugestión incisiva, y como notara un alfiler salido á medias del cuello del vestido, eso solo inundó su pecho con una profunda ola de pasión varonil. Sentía deseos locos de abrazarla, protegerla, y la misma bizarra compasión de antes le traía á la boca: «Pobre! pobre!» No podía más.

—Qué edad tenía Vd. cuando yo me fuí?

El pretexto para recomenzar era infantil y lo sabía; pero la efusión de su ternura lo entregaba.

—Ocho años. Era muy chica—agregó.

—Sí, ya sé—replicó secamente. No he querido decir nada.

Eglé detuvo la mirada en la de él un segundo, pero suficientemente para que Rohan viera por cuarta vez en el día la expresión intensa y de fuga.

—Lo he dicho sin intención—respondió.

—Creo—murmuró Rohan.

La joven tenía los ojos sobre un mismo punto de la música. Agregó sin apartarlos:

—Porque lo quería mucho, verdad?

—Sí—afirmó Rohan—Me-que-rí-a mucho.

A pesar de su ironía la verdad de su gran cariño lo entregó en otro tumultuoso impulso.

—Se acuerda del balcón?

Me acuerdo—contestó, aproximando más la cabeza á la difícil música.

Rohan, con el cielo abierto de golpe, se levantó, fué á su lado y puso torpemente su mano sobre la de Eglé.

—Me quiere siempre?—le preguntó con la voz baja de emoción. Egle alzó la cabeza y lo miró sonriente y turbada de felicidad:

—Siempre....

Entonces Rohan se inclinó sobre ella, levantóle la cara del mentón y unió su boca á la suya. El beso fué tan largo, tan apretado, que Eglé salió de él fatigada, rendida por ese amor que entregaba al fin en un beso.

Después de media hora se levantaron y se asomaron al balcón. No sabían qué decirse de alegría; se miraban riendo.

En la noche clara, la luna alta brillaba, luminosa sobre su inmensa dicha. El jardín, húmedo al fin de rocío, elevaba al cielo su serena esperanza. Mercedes, desde la verja, los vió.

—Por qué no bajan? Está fresco aquí.

—No podemos—contestó Rohan.

—No podemos—repitió Eglé.

Mercedes, después de observarlos un momento, habló con la madre y subieron juntas.

XVI

A la mañana siguiente Mercedes se levantó más temprano que de costumbre; su hermana dormía aún, la sábana á los pies. Tomó rápidamente el té con leche y bajó al jardín.

La mañana, fresca y llena de sol, le hizo entornar los ojos, todavía no bien despiertos. Caminó un rato distraída de aquí para allá sin resolución precisa ni vaga de hacer nada. Al fin se detuvo, suspiró profundamente oprimiéndose la cintura con las manos y miró á todos lados, aburrida. No sabía qué hacer. Pensó un momento en tocar el piano, pero sentíase llena de pereza de hacer ruido ella misma. Concluyó por subir á su cuarto y volvió con un libro. Sentóse en un banco y releyó atentamente el título cuatro ó cinco veces con la mente vaga. Vió así una hormiga que cruzaba el sendero y la siguió con los ojos hasta que se perdió en el césped. En seguida levantó la cabeza y el sol le hizo cerrar los ojos. Trató de afrontarlo, usando su mano de pantalla, y por mucho que se esforzó, aún cerrando del todo un ojo y abriendo el otro apenas, la luz la deslumbraba. Resignóse y se sentó de costado, la

cabeza en la mano. Entretuviéronla largo rato las conchillas, que desparramaba con el pie en semicírculo. Su zapato provocó así su atención y como no lo veía bien, recogió la pollera, extendiendo el pie todo lo que fué posible. Quedóse un momento mirándolo, pensativa. Luego, más pensativa aún, subió lentamente las faldas más arriba del nacimiento del tobillo. De pronto, con un movimiento brusco, las dejó caer, mirando inquieta alrededor.

Volvió al libro, abriólo al azar y no entendió absolutamente nada. Lo dejó á un lado desganada, cruzó las piernas, abrazóse las rodillas y tornó á suspirar, mirando á todos lados. Qué hacer? Como el problema no era fácilmente soluble, decidióse al fin á ir á despertar á su hermana, ocupación siempre grata á otra hermana aburrida. Subió de nuevo, abrió á toda anchura los postigos y sacudióla del hombro.

—Son las diez, Eglé, las diez!

La joven no abrió los ojos.

—Tengo sueño — murmuró, tratando de volverse á la pared. Pero su hermana cerró el tibio camino con el brazo.

—No, levántate! Si vieras!..... estoy más aburrida....

Eglé entregóse de espaldas, sin hacer resistencia. Su hermana, tranquilizada ya, abrió la puerta y salió al balcón.

Eglé se vistió en silencio con prolijo esmero, sobre todo en peinarse, mirándose larga y pensativamente en el espejo como si no recordara más su cara. Cuando concluyó salió al balcón, pasó instintivamente el brazo por la cintura de su hermana y se recostó.

El sol, más fuerte ya, blanqueaba la avenida caliente y desierta. En la esquina, un brec cruzó la calle, tronó un momento sobre los adoquines y enmudeció de nuevo en el polvo del callejón. Las hermanas tendieron

el busto afuera, pero no pudieron conocer á nadie.

—Tengo sueño todavía — murmuró Eglé. Mercedes se incorporó, observando de cerca en sus manos la raya roja que había dejado la baranda.

—No sé qué podíamos hacer—observó distraída en su examen.

—Si me hubieras dejado dormir....

Mercedes se animó de pronto:

—Vamos al centro?

—Mamá no va á querer.

—No importa; vamos á pedirle—Y arrastró á su hermana abajo. En efecto, la madre se opuso resueltamente; el día anterior habían vuelto á la una y era bastante.

—Pero Lola!—se quejó Mercedes—No sabemos qué hacer!

Desde pequeña, en los momentos de ternura, Mercedes llamaba á su madre por el nombre. La respuesta, llena de reproches y

previsiones maternas, puso en manifiesto los mil quehaceres de una casa, y que aquéllas descuidaban lamentablemente. Perdida la única esperanza, las jóvenes se miraron con desesperación, muy entretenidas en el fondo con la negativa de su madre que afirmaba su condición de mártires. Dejaron caer los brazos desplomados á lo largo del cuerpo, en un gesto de forzosa resignación.

—Y si lo llamáramos á Rohan? —propuso Mercedes como un hallazgo, al estar solas.

—No —repuso Eglé— va á venir esta noche.

—Cierto, no me acordaba! Señora de Rohan.... queda bien. Cuando te casas?

Su voz había cambiado un poco. Eglé no respondió.

—Sí?... Pues yo lo llamo por teléfono.

—Mamá! —pidió Eglé— Dile á Mercedes que no haga eso.

—Qué cosa?

—Quiere llamar á Rohan para que venga.

— Mercedes! — intervino la madre desde la otra pieza.

— Por qué, mamá? Acaso porque sea ahora novio de Eglé, va á dejar de ser amigo nuestro?

— No, pero no está bien.

— Pero por qué?

— Porque sí! mi hija; no seas ridícula.

La joven miró fijamente á su hermana, entornando los ojos.

— No lo voy á comer, á tu Rohan....

— Creo lo mismo — repuso Eglé tranquilamente.

— Qué crees?

— Que no lo vas á comer.

— No, puedes estar segura! No te tocaré absolutamente á tu Rohan! — insistió Mercedes.

— Creo lo mismo.

— Crees!.... Dime, por favor, tienes celos de mí?

Eglé, sin responderle, se levantó con la expresión dolorida.

—Mamá, dile á Mercedes que me deje en paz!

— Mercedes!

— Nada, mamá, es Eglé! No se le puede decir nada! Muy bien, quédate con tu amor, te dejo.... pero está segura, mi hija, de que puedes ser feliz tranquilamente!

Toda esa tarde perduró la acritud. Pero al caer la noche fueron juntas á la verja, y los comentarios cambiados forzosamente por hábito trajeron insensiblemente la paz.

XVII

Rohan visitaba al principio los jueves, y en los primeros tiempos la semana le parecía horriblemente larga. Los dos días subsiguientes dábanle la sensación de dos días, siempre,

pero remotos, en que hubiera vivido infinita de impresiones, como la mañana que siguió á un baile. El domingo y lunes pasaban con relativa rapidez por estar ya más apagadas sus impresiones. Pero el martes recomenzaba su ansia.—Pasado mañana es jueves, se decía. Y aún á esta simple palabra llegaba su ternura.—Mañana es jueves—jue-ves repetía al fin, endulzándose la boca en la promesa que le daban esas dos sílabas. Como se quedaba siempre á comer allá, el miércoles de noche, al sentarse á la mesa en su casa, se acordaba contento: Mañana no como aquí, es jueves.—Y al evocar á Eglé á su lado, riéndose cada vez que le pasaba el pan por indicación de su madre, pues ella nunca se acordaba, sentíase completamente dichoso de ir á verla el día siguiente.

En las demás horas pensaba á menudo en ella; pero fuera de los momentos de aguda pasión, el recuerdo normal de Eglé no le pro-

ducía más que un grande contento de sí mismo y reposada claridad para ver y juzgar las cosas. Pero cuando pensaba infaliblemente en ella era en los momentos íntimos, al acostarse, al levantarse, imaginándose simplemente que Eglé lo estuviera mirando. Esta evocación acudíale con más rapidez al hacer ó pensar algo bueno que ella no le conocía y, en particular, cuando oía algo elogioso para él. -- Si ella oyera....—pensaba enseguida.

Por fin el viernes tomaba el tren de las seis y venticinco, acordándose á veces de los viajes que hiciera antes, cuando trataba de convencerse de que no la quería y bajaba en Lomas para ver *únicamente* á las de Elizalde. Esto sin mayor dolor ahora, por la plena y evidente naturalidad de su felicidad actual.

Eglé lo esperaba y á la hora, no antes, porque los días eran largos y la verja sin enredaderas, comenzaban en un banco.

— Amor, amor mío ! — la estrechaba Rohan,

levantándole el mentón. Eglé, sonriendo, cedía á las sacudidas con que él apoyaba cada palabra de cariño. Por momentos quedábase seria, mirándolo atentamente, como si resolviera un problema de dudas sobre el amor de Rohan, ó hundiéndose en una de las características desviaciones de pensamiento. Rohan sostenía el examen pensando, á su vez, en la extrema felicidad que sentiría con ella. Y á esa expresión fija Eglé se entregaba, arriando su frente al cuello de él. Cuando Eglé sonreía así—mientras Rohan le sostenía alta la cara del mentón—con una sola comisura que se levantaba lentamente, Rohan sentía dentro de sí bramar, pugnando por escapársele, los leones del deseo y tenía que quedar un rato inmóvil, recostado al pecho de su novia para aplacar á aquéllos con hondas inspiraciones.

—Eglé, mi alma!....

—Sí, tuya, tuya! —murmuraba ella.

— Si vieras lo que he sufrido!

— Y yo!....

Quedaban un momento graves, estrechándose más.

— Mi amor!....

— Sí....

— Para siempre?

— Para siempre.

— Para mañana?

— Sí, sí....

— Y para un año?

— Para un año.

— Y para muchos años?

Eglé se reía, demasiado dichosa ya para continuar el juego, y éste se ahogaba en besos, recomenzando luego con la misma infantil serie de preguntas.

En otros momentos:

— De lo que estoy seguro es de quererte mucho más que tú á mí.

— No es verdad!

—Completamente cierto! Y si....

—No, no! Yo te quiero más. Si vieras!...

Dime—cambiaba él de posición para mirarla de frente.—Por qué no querías hacerme ver que me querías?

Ella, contraída, se echaba sobre el pecho de Rohan.

—Te quería tanto!—murmuraba. Rohan la besaba en la nuca, apartando el cabello con los labios para alcanzar más alto.

—Creías que yo me acordaba de aquella noche, cuando eras chica?

—No, no.....

—Sin embargo. no hay otro motivo..... Y me querías mucho?

—Mucho, mucho!.....

—Menos que ahora?

—Más!.....

—Es decir que ahora me quieres menos?

—Oh, malo!—se incorporaba por fin, pro-

bándole en largos y húmedos besos su profundo error.

Naturalmente, evocaban á cada rato los menores detalles de sus choques anteriores, pero sin lograr nunca ponerse de acuerdo sobre las causas. Lo que para Rohan era evidente, para Eglé no era sino insidiosos sofismas de aquél. En resumen, todo había pasado por mala interpretación de Rohan, según ella, y por coqueterías de Eglé, según él.

—Pero no! te juro que no!—protestaba la joven.

—Pero sí! Te gustaba que te quisiera.

—Ya lo creo!—se reía abrazándolo.

—Y si te gustaba que yo te quisiera y tú me querías, por qué hacías eso?

—No sé, te juro qué no sé.....

—Yo sé, en cambio.

—Dime!

—No quiero—respondía atrayéndola.

—Dime, dime!

—No quiero.

Y sobre su boca y su cuello repetía, entre besos:—No quiero.... no quiero.... no quiero — tan bien y tan fruitivamente que los leones volvían á bramar, trayendo necesaria tregua.

Pero al rato:

—Quisiera saber qué se ha hecho de la personita impasible de antes.

Eglé se reía, dichosa. Era una de las más frescas impresiones de Rohan haberla presentado así, profundamente afectiva.

—Ya no hay más gestos de reina, parece, señorita?

—No, no... Me querrás mucho tiempo, tú?

—Psss!.... Doce años.

—Qué horror!

—Sí, pero como tengo once más que tú, en ~~verdad~~ son aún veintitrés de amor. Once años.... mucho ~~verdad~~?

—Oh!

—Aunque nos casemos?

—Cómo, aunque nos casemos!

—Sí; dada la vaga presunción que hay de que algún día puedas quererme bastante para casarte conmigo....

—Oh!—protestaba ella de nuevo, si bien aproximando su cara echada atrás y en la boca su sonrisa que Rohan absorbía en seguida en un mudo, hondo y estremecido beso que arrancaba un ronco bramido á sus leones.

A veces la charla era muy seria.

—Supondrás—asegurábale él—que deseo para ti la misma libertad que para mí. Si quieres ir á un baile, hazlo. Ten la plena seguridad de que te quiero bastante más de lo necesario para hacerte la ofensa de creer que vas expresamente á enamorarte. Y á este respecto, otra cosa. Si alguna vez llegamos á ir juntos, no daremos el cargante espectáculo de meterle á la gente por las narices nuestro amor y nuestras inseparables personas. Tú bailarás por tu lado y yo por el mío,

fuera de los momentos en que tengamos natural deseo de estar uno al lado del otro; te parece?

Eglé asentía, aunque no hubiera deseado que él hablara así. Y como quedaba mirándolo, hundida de nuevo en su giro de pensamientos inductivos, él observaba:

—Te da pena que no sea celoso?

Eglé se recostaba á él sin responderle.

—No desees verme celoso—sonreía él acariciándola. Te aseguro que no es agradable.

Luego Eglé, que suponía á Rohan excesivamente inclinado á las mujeres, ponía en él sus ojos de duda y fe:

—No me importa que hayas querido; lo que deseo es que me quieras á mí.

—Sí, á ti sola..... á-ti-so-la. Y tú—añadió él en esta ocasión, observándola: —Has querido alguna vez?

Eglé respondió tras una breve pausa:

—Sí, creí; pero ahora que sé como te quiero á ti, veo que no quería.

El brazo izquierdo y la cabeza habíanse de nuevo estrechado al cuello de Rohan. Este seguro de que Eglé no le mentiría, la besó agradecido de la confianza que en él mostraba.

A las once generalmente entraban. Eglé tocaba el piano con ritmo no siempre justo por la insistencia de Rohan en apoderarse de una mano, cuando alcanzaba en los bajos hasta él. La madre y Mercedes se aburrían discretamente. A las doce y veinte en punto se iba, pues no quería perder el último tren al centro y dormir en Adrogué, como habíale acaecido ya dos veces.

XVIII

Pasó así un mes y Rohan comenzó á hallar un poco largas sus visitas. Se retiraba cansado siempre, la cintura dolorida por las torceduras de busto en el banco, y á la ma-

ñana siguiente—como llegaba á su casa á la una y media y no se dormía hasta una hora después —levantábase tarde, lo que no le agradaba de ningún modo. En consecuencia díjole una noche á Eglé que en adelante tomaría el tren de las once y cuarenta y cuatro. Eglé levantó los ojos con dolorosa extrañeza y lo miró largo rato. Mientras por sus ojos volvían y se sucedían las dudas sobre el amor de Rohan, éste la miraba á su vez tranquilo, seguro de que en los suyos Eglé no leería más que la natural y firme decisión de no cansarse demasiado, sin ningún otro motivo.

Eglé sonrió al fin débilmente, como las personas que consienten, convencidas sin embargo de que ellas tienen razón, y buscó el cuello de él.

—Yo no me cansaría de estar con mi novia—murmuró.

—Qué sabes tú—se sonrió Rohan, alzando

la boca oculta en su pecho. — Son cosas nuestras.... tú no sabes nada. Además, esto es típico de ustedes. Todo el amor á nosotros está en ustedes únicamente. «No importa que él se fatigue ó sufra; estando conmigo me da placer, y por lo tanto debe quedarse». No es esto? Vamos, vamos... Si te quiero siempre igual!

—Antes no te cansabas...

—Porque era al principio.

Eglé no comprendía y levantaba de nuevo los ojos. Rohan reafirmaba lo que acababa de decir con la sencilla razón de que por natural entusiasmo de comienzos de amor, sentíase antes más excitado é incansable. Aunque se daba cuenta de que esa verdad no era posible para una mujer enamorada, vale decir con peor interpretación de la habitual, á pesar de eso no podía menos de hablarle así.

Dos semanas después, Rohan llegó á lo

de Elizalde á las siete y media. Habíase quedado más de lo acostumbrado en la Dirección de Tierras, estudiando ciertos perfiles de pozos artesianos que acababan de llegar del Sur á su división. Le agradaba mucho eso, y como en la estancia de su padre el agua era escasa, el estudio de aquéllos interesábale suficientemente. Rohan dió ésta como razón de su demora, y en su entusiasmo de sondajes, aún, habló á Eglé de lo mucho que harían en la estancia cuando fueran algún día allá.

—Luego—concluía cogiéndola de las manos — éste es el motivo de haber llegado tarde. Se me perdona ?

Eglé perdonaba con la misma débil sonrisa y en sus ojos, que Rohan obligaba á que lo miraban, leía él claramente la tristeza que ella no podía disimular, mientras en su alma dolorida renacía la certeza de que Rohan la quería cada vez menos. Cuando ella se lo decía, él se echaba á reír.

— No, te juro que no. Es que ustedes sienten el amor de un modo muy particular. No has leído por casualidad la «Historia de los Gadsby» de Kipling?

—No, qué dice?

—Algo muy parecido á lo que nos pasa. . . . á lo que nos pasó, mi Eglé, verdad?— la estrechó de nuevo.

Pero como á la visita siguiente llegaba otra vez á las siete y media, é igual en las otras, Eglé, paseando sola á su espera por el jardín, sentía que se derrumbaba su felicidad de dos meses, porque el amor de Rohan se iba apagando poco á poco y no la visitaba sino por no hacerla sufrir si le decía que ya no la quería más.

XIX

Una tarde, Rohan sorprendióse de no ver á Eglé esperándolo.

—Ha salido, pronto vuelve—le dijo la madre.—La menor de Olmos estuvo hace una hora; usted sabe la amistad que tienen con Eglé. Quería á toda costa que fuera á comer con ella; es su cumpleaños y nunca ha faltado mi hija. Al fin Eglé consintió en ir un rato, esperando estar de vuelta antes de que usted llegara. Ha venido temprano hoy—concluyó mirando el reloj.

—Sí, señora.

—Espero, Rohan.....

—Oh! supondrá que no soy tan chico!—se sonrió aquél con franqueza.

—Ya va á venir, no puede demorar. Entr

tanto, por qué no tocas el piano, Mercedes? Hace un año que no se te oye.

Fuése y la joven comenzó. Desde que Rohan tenía amores con Eglé, su amistad había perdido aquella turbulencia de antes. Ahora hablaba con él juiciosamente, sin el menor recuerdo en los ojos de sus bizzarrías. Acaso Rohan hubiera hallado modo y ocasión de fustigar un poquito sus nervios locos; pero la joven afectaba tal disposición á considerar á Rohan como un sencillo y querido hermano que éste se fastidió.

Esa noche, sin la presencia absorbente de Eglé, mal dormidos recuerdos despertaban un golpe mientras la miraba. Había engrosado. La cintura quedaba ahora alta sobre el taburete. La pollera listada, echada de lado, ceñía tirante los muslos. Bajo la axila, el vestido tenso formaba pliegues sobre el busto ahora más lleno, y oprimía el seno casi bajo el brazo, que como en las muchachas bajas y

de cuello grueso, comenzaba en el costado. Conocíase claramente la fraternidad con Eglé en la igualdad de expresión cuando leían música: los mismos ojos entornados con esfuerzo de miopía é idéntica dureza de la boca. Cuando concluyó su Tosca, Rohan acercóse al piano.

—No toca más?

—No—le respondió recorriendo de nuevo con los ojos la música ejecutada.—Si usted quiere, sí, pero no tengo ganas.

—No, gracias.

La joven se levantó sin mirarlo, oprimióse la cabeza—aunque no sufría—con la punta de los dedos por costumbre de persona que ha sufrido jaquecas, y se recostó de codos en la alfombra del piano, hojeando partituras. Rohan, sentado en la rodilla encima del taburete, la miraba tristemente—el cuerpo ahora arqueado y casi todo más al alcance del suyo entero, mientras sus leones despertados comenzaban á

asomarse á sus ojos. Dejó el taburete y fué hacia ella.

—Interesante, esa partitura?

—Sí, estoy viendo.

Rohan recostóse á su lado.

—Qué raro, todo esto!—señaló con el mentón un trozo cualquiera que no le parecía raro en absoluto.

—No, eso es fácil. Esto es mucho más difícil—señaló con el dedo.

Rohan extendió la mano y se apoderó de él. La joven lo retiró sin decir una palabra y bajó la cabeza á las líneas inferiores de la página. Durante un rato quedaron inmóviles. Rohan veía sin mirar la mejilla de Mercedes enrojecida junto á la oreja, y con las narinas dilatadas respiraba hasta el fondo el perfume de la cabeza femenina. Un momento después no pudo más, y con el brazo izquierdo rodeó la cintura de Mercedes, aproximando en silencio su cabeza á la de ella. Al senti

contacto, la joven se estremeció; subió los ojos en la página y su expresión se contrajo con desagrado, en tanto que el fuego de sus orejas invadía la mejilla entera. Como el brazo continuaba oprimiendo sin mover un dedo, hizo ese ligero chasquido que nos arranca una insistencia molesta, intentando al mismo tiempo llevar la mano atrás para apartar el brazo. Pero se detuvo y quedó quieta, más abrasada aún.

Rohan ciñó todavía el brazo, y tenso y crispado la besó en el cuello. La joven se agarró todo lo que pudo contra el piano.

Dejáme!—murmuró. Al oír esa acentuada intimia de entregada confianza con todos los leones en rugidos, la estrechó más.

Dejáme!—se quejó de nuevo Mercedes, esta vez logró llegar con su mano á la cintura y desprenderse, yendo á sentarse en el sillón. Rohan la siguió y, mudo, atrájola violentamente á sí. La besaba aquí y allá con

un pequeño gemido de deseo exasperado en cada beso. Al fin ella desprendió su boca y recostó su cabeza en la de él.

—Tú no me quieres.... — murmuró con lágrimas en la voz, pero estrechándolo al mismo tiempo.

—Sí, te quiero....

—No, no me quieres!

Rohan quiso agregar algo, pero le fué imposible. Mercedes siguió su silencio.

—No, no me quieres!— se convenció de nuevo. Pero Rohan, cuya mano acababa de sentir la liga tendiéndola inconscientemente, por toda respuesta había vuelto á ahogarle las protestas en la boca. La joven lo detuvo. Rohan se quedó á media acción, en postura desgarbada.

—Por qué?

—Porque no quiero.

No había dolor ninguno en su voz, pero sí rígida decisión de vanidad al fin herida.

—Para haber llegado á esto—murmuró Rohan. Mercedes, que por suerte no había oído bien, volvió á medias la cabeza y lo miró con una expresión de mudo y triste reproche que no sentía absolutamente y trataba, por creerlo su deber, de poner en sus ojos. Rohan, enfriado de golpe, se levantó, paseándose.

Momentos después volvía la madre: ya llegaba Eglé. Y al entrar ésta Rohan sintió, mirándola, inmensa ternura; ternura de marido, no de novio, algo de íntimo agradecimiento y mucho de honda protección, sentimiento que conocen los casados al día siguiente de haber sido muy injustos con su mujer.

XX

El jueves siguiente Rohan llegó un poco más tarde aún. En días anteriores había ad-

quirido cuantos catálogos de aparatos de son-
daje existían en plaza. No bastándole esto,
al salir de la oficina iba á una ú otra casa;
examinaba válvulas, mechas, grúas; calcu-
laba calibres y desgastes, todo con atención
y callado entusiasmo de aficionado pobre y
activo que sueña — un mecanismo en la ma-
no — con lo bien que trabajaría si pudiera
tener eso. Como temprano ó tarde llegaríale
la ocasión de abrir todos los pozos imagina-
bles en la estancia, su ánimo industrial, pa-
sando sobre mechas y sondas, llegaba á Eglé
con enérgica seguridad de trabajar y ser fe-
liz — ella á su lado.

Contento de fe en sí mismo apresurábase
á ir á Constitución y de este modo, llegan-
do tarde á Lomas, Eglé lo recibía lastimada.
No le decía nada; pero Rohan notaba en su
primer mirada y sobre todo en el modo de
reclinar la cabeza en su cuello, que proseguía
el desaliento. Rohan pensaba á su vez en la

visible injusticia de su novia deseando, á costa de todo lo importante que él pudiera hacer en Buenos Aires, tenerlo con ella. Sabía que si hablaran desahogándose, todo pasaría; pero el mudo sufrimiento de Eglé, en vez de despertar su compasión, hacíale sentir más la sinrazón de esa pena y el turbio estado, no obstante los momentos claros, continuaba.

Ese jueves, por fin, decidióse. Díjole todo lo que ella sentía y lo que sentía él.

—En el fondo—concluyó, acariciándola para mitigar la dura verdad—no hay sino el terrible egoísmo del amor de ustedes. Poco les importa la dicha personal—independiente del amor—del hombre que quieren. Lo único que aman es su propia felicidad de ustedes, la que él les proporciona con su presencia. Por lo pronto, todo esto no es hallazgo mío, por cierto. Lo que sí es mío es este hallazgo...—murmuró pasándole la mano por la garganta.

No se había habituado aún á la sensación

del terso cutis de Eglé, y cada vez que lo tocaba le sorprendía su suavidad. El encanto salíale de tal modo á los ojos que ella comenzaba siempre á sonreír cuando él se disponía á acariciarla de ese modo.

—No, no es eso...—repuso Eglé recostando su cara en la de él.— Es que tú no me quieres como antes.

—Te quiero.

—No, no!

—Sí, sí!

—Vienes porque tienes lástima, nada más, de tu pobrecita Eglé...

—Lástima, verdad? A ver, bien de cerca:

—Oh! así no vale!—protestó ella á medias palabras, la boca sofocada.

—Yo creía que sí.... Olvidamos todo, entonces?

—Vendrás más temprano?

—Eso no—sonrió Rohan.— De veras—agregó serio—te juro que tengo que hacer.

—Todos los días que vienes...

—Y los otros. Olvidamos?

—Sí, olvidamos.

Y la paz se selló, con tal sacudida amorosa que las peinetas de Eglé se desprendieron y el cabello cayó, cambiando instantáneamente su compostura de novia en frescura de casada.

Bajaron al jardín, recorriendo las sendas con lentitud informal pues las pruebas de su reconciliación eran sobrado urgentes para permitirles un paso de diligente jardinero. A cada momento Rohan la detenía, echábale la cabeza atrás del mentón, en plena luz de luna, y sobre el rostro de Eglé en que la dicha reencontrada delatábase en arrobada expresión, surgía la lenta y divina sonrisa con una sola comisura.

—Mi amor, mi amor querido!...

—Sí, sí...

—Mi alma!...

—Toda tuya!...

—No te cansa?

—Qué? — retiraba ella la cara, ya preocupada.

—Lo que te digo. No sé decirte otra cosa...

—Oh!

—Sí, sí, mi amor, mi vida, mi alma querida!...

Pero en esos torrentes de ternura la boca, la nuca, el cuerpo entero de Eglé oprimido al suyo mantenía en un bramido constante á todos sus leones. Desahogaba su tensión, en los instantes duros, cerrando las manos cruzadas como un torno alrededor de la cintura de Eglé. Mas la dicha de haberse hallado de nuevo era demasiado fuerte para desprenderse uno de otro, y así los leones tornaban á soltarse, poniéndole en cada dedo una enloquecida agitación de impulso no empleado.

Al fin, tras uno de estos momentos, Rohan echó una ojeada alrededor.

—Sentémonos, quieres? Estoy cansado.

Fueron. Rohan se sentó primero sin suspender sus besos, y al hacerlo Eglé la atrajo suavemente á sí. Eglé resistió oprimiendo su boca á la de él y cayó en el banco á su lado. Rohan, el alma y la voz turbadas, insistió:

—Sí, mi alma, sí...

—No.... no.... —gimió ella.

Los leones, que Rohan no había podido dominar, enmudecieron de golpe. Ella sintió el cambio y redobló sus besos con muda congoja. Pero él se levantó, abotonándose el saco.

—Es inútil ya — le dijo con voz seca. — Estoy muerto.

Ella quedó fría.

—Qué tienes! — murmuró.

—Nada, vamos adentro. Me voy.

Eglé se levantó muda y marchó á su lado. Después de diez pasos lo detuvo de la mano.

—No te vayas así! — lo miró consternada.

—Muy gracioso! — contestó él, la voz trémula por la violencia que se hacía.—Hoy no te parecía bien..... Que te besara, sí, pero eso no....sabías que *no debías* hacer eso.... que te besara, sí, porque está permitido, pero eso no. Como si fuera diferente... ¿Te manchaba más que un beso que te sentara en la falda?

Eglé lo miraba angustiada sin apartar la vista.

—Dime—reanudó él —Te creías deshonrada por eso?

—No....

—Y entonces! .. Lo que me da rabia es el cálculo....

—Oh!

—.....sí, el cálculo, el dogma de ustedes! Cuando después de una hora de cariño siento la necesidad de tenerte más contra mí, te acuerdas de que has aprendido que las mu-

jeros no deben permitir eso... ¡Y conmigo, como te quiero yo!

—No, te juro!...

—Pero y si me quieres y crees que te quiero, por qué no quisiste? Ésto es lo que me indigna: que te hayas resistido, no por que no lo desearas, sino porque habías aprendido que *no debías* hacer eso!

Habían seguido hacia la casa, pero se detuvo bruscamente.

—Es imposible que me vaya así; caminemos un rato.

Hiciéronlo, pero ahora apartados, mudos. De pronto Eglé murmuró:

—Lo que te aseguro es que pocas novias harían lo que hago yo...

Rohan no respondió en seguida, profundamente dolido del simulado candor de Eglé.

—Tú crees que los novios no besan á sus novias? — preguntóle al rato con amargura.

—No me refiero á eso—repuso Eglé mirán-

dolo con triste firmeza.—Digo que pocas novias soportarían lo que me estás diciendo.

Rohan se encogió de hombros. Seguía violentamente excitado, con temor de hablar y decir algo de que después debiera arrepentirse.

Hasta ese instante habían girado sin cesar alrededor de un macizo. Poco á poco la costumbre les hizo extender el radio y llegaron así cerca del banco en que acababan de escollar. Rohan, que iba á la izquierda de ella, esquivó el camino cortándole el paso hacia otro sendero. Eglé se detuvo á medias y buscó sus ojos, pero él no la miró. Entonces ella lo detuvo.

— Mira — le dijo con súbita y angustiada decisión.— Hace dos años yo tuve un novio, y por la resistencia que hice es que soy digna de ti.

La primera impresión de Rohan fué de disgustada sorpresa: nunca le había dicho ella

que hubiera tenido novio. En seguida adquirió con la nobleza de Eglé al hablarle así, la convicción absoluta de que era efectivamente digna de él.

—Muy bien; te agradezco mucho lo que acabas de decirme; pero yo también te juro que si hubieras hecho lo que yo quería hoy, siempre serías para mí tan digna de respeto como ahora—concluyó recogéndola.

—Bueno, mi amor, se acabó....

Eglé se recostó á él, temblando de doloroso desahogo final en escalofríos que le recorrían todo el cuerpo. Un momento después Rohan sintió en el cuello una gota tibia y, profundamente enternecido, rodeóle la cabeza.

—No, mi alma....

Ella entonces se oprimió más, conteniendo sus sollozos.

—Te quiero tanto!

—Si yo también te quiero! Bueno, se acabó....

--Estoy tan contenta de habértelo dicho....

Prosiguieron caminando cogidos de la cintura, entregándose en oprimidos besos el consuelo de su amor lastimado. Pero la escena del banco volvía obstinadamente á Rohan — aún acariciándola—y como se argumentaba á sí mismo como si hablara con ella, Eglé pronto notó que él estaba pensando. Detúvose y cogiéndole la cara entre las manos lo miró con honda súplica; Rohan, inmóvil, soportó fríamente el examen y luego se desprendió, reanudando la marcha.

—Lo más doloroso para mí — rompió de pronto, la voz de nuevo cambiada — es que hayas necesitado acordarte del otro para defenderte de mí.

—Oh!—lo detuvo Eglé, apartándose. Rohan la atrajo en seguida.

—No, no..... No quise decir eso..... No sé lo que dije..... perdóname!

Eglé lo besó con honda pasión, repitiendo-

le de nuevo, pero ahora con dolorosa evidencia como si se lo dijera á sí misma:

—Te quiero tanto!.....

Al rato sintió de nuevo que él estaba pensando. Efectivamente, mientras caminaban volvía y revolvía sin cesar lo que acababa de decir á Eglé. Apenas concluída su frase había sentido él mismo su ofensa. Pero por algo lo dije—obstinábase. Al fin creyó ver claro.

—Vuelvo sin embargo sobre lo que te he dicho—rompió de nuevo.—Me turbé hoy y no supe qué responderte. Dime: por qué me dijiste hace un rato que habías tenido novio?

Eglé, hundida en su quebranto, no pudo entrar en seguida en la argumentación y quedó inerte, mirándolo. Pero él, frío, insistió:

—Por qué me evocaste el recuerdo de la resistencia que debiste hacer antes, en pos de lo que quería yo?

Indudablemente estaba en lo cierto. Eglé, llena de angustia por la injusticia de Rohan,

se había apoyado en su doloroso recuerdo para que comprendiera el peligro que corría con él, queriéndolo como ella lo quería. Eglé vio también que ése era — no obstante la sequedad con que Rohan lo había planteado— el único motivo. Durante un rato quedaron mirándose, mientras se seguían mutuamente en los ojos los pensamientos hermanos.

—Dime:—la recogió bruscamente—Dímelo con toda franqueza: Me quieres mucho, mucho?

—Oh! No sabes cuánto!

—Me quieres únicamente?

Eglé apartó la cara, lo miró angustiada y volvió á recostarla muda en la de él.

—*Únicamente?*—insistió.

Ella entonces lo estrechó, vibrando de trāsida convicción.

—Sí, sí.... No sabes cuánto te quiero!...

Retornó la ternura y esta vez la paz no se interrumpió.

XXI

En el tren, Rohan volvía á evocar uno á uno los incidentes de esa noche. Sobre todas las cosas estaba satisfecho de Eglé. Veía siempre su expresión de sufrimiento y decisión final, á pesar de todo lo que él pudiera creer, cuando le dijo aquello, despues que él la había querido sentar en las rodillas.... Y de pronto, con la instantaneidad del rayo, vió *al otro*, queriendo hacer lo mismo, en el mismo banco.... Por esa coincidencia, por ese mismo rugido masculino que se repetía, el sufrimiento de Eglé!

Como si lo hubieran empujado bruscamen-
te por la espalda estando distraído, el cora-
zón se le paró. Vió con una intensidad terri-
ble á Eglé resistiendo, y al otro recogién-do-
la: «Sí sí....» El cuadro se le fijaba casi

hasta la alucinación. No veía nada del otro, ningún rasgo: pero sentía en él al hombre, al hombre ardido de deseo, asaltando... ¡A Eglé!... Sintió un odio brutal, odio tan impulsivo y á flor de animalidad, que fijando sin querer la vista en un pasajero de negro que veía de espalda, tuvo la plena seguridad de matarlo, si fuera el otro. Pero no seguridad de fría convicción adquirida en casa tras complicado raciocinio, sino el impulso que sentía en ese momento mismo, en los ojos y en los dedos, una certeza convulsiva en las manos al encarnar al otro en el sujeto.... Veía á Eglé, besándolo como lo besaba á él, mirándolo como lo miraba á él, la sonrisa á medias...

Espiró violentamente porque sentía un ardiente empuje interno que le echaba la sangre afuera. Pero el banco volvía, volvía. No se veía ahora él; lo veía al otro..Y resurgían todas sus situaciones de mayor cariño con Eglé, pero ocupando su lugar la sombra mal-

quita. Evocó sus más íntimos recuerdos—de detalles simples, á veces—que le probaban fundamentalmente el amor de Eglé. Y veía en las mismas situaciones al otro con ella, en que Eglé le decía ex-ac-ta-men-te lo que le había dicho á él, á Rohan.... Se daba cuenta de que se iba por una pendiente; pero no podía ni tampoco quería dominarse.

«Tuve que resistir».... El sabía qué quería decir esto; sabía lo que es atacar, qué violencia arrolladora hay en un novio. Y el otro había querido sentar á Eglé.... ¡á ella, maldición!

La misma desgraciada frase lo exasperaba: «Tuve que hacer resistencia»..... Eso suponía besos otorgados por Eglé..... Volvía á detenerse bruscamente con la sensación de estallar si continuaba evocando. La garganta reseca obligábale á deglutir á cada momento. Sentía él mismo el calor que irradiaba su cuerpo y la cara le abrasaba. Cada

cuadro sostenido suspendíale la respiración hasta recobrarla violentamente al llegar al límite de su tolerancia imaginativa.

Por fin llegó á Constitución y tomó el tramway, momentáneamente distraído; pero una vez inmóvil, con verdaderos asaltos de súbito modo de ver el análisis torturante comenzó. Lo que dominaba sin embargo era el odio al otro, el acceso violento de destrozar al que nos tocó á nuestra mujer. Y bajo esto, la seguridad personal adquirida en esos momentos—y que siempre había supuesto en los maridos más ostentativa que real—de matar á su mujer el primer día que pudiese darle verdadero motivo de celos.

Comenzaba á apaciguarse. «Lo que me daña no es que haya tenido novio y que éste haya tratado de hacer lo que todos, sino el no habérmelo dicho antes. Qué pudiera haberle respondido si al principio me dice sencillamente que había tenido novio? Pero ca-

sualmente, y tarde ya, se le ocurre la forma más terrible y evocadora para un hombre»....

Súbitamente volvió á Eglé, desesperada de verlo tan injusto:—«Mira: yo tuve un novio; y por la resistencia que hice».... Sintió toda la noble y angustiada defensa, entregándole entero su modo de ser. Una caricia de fresca calma corrió por sus nervios doloridos. Comprendió plenamente la cantidad de amor *honrado* y fe en su inteligencia que suponía esa confesión, después de lo que él había querido hacer. Y una nueva caricia, esta vez de dicha recuperada, suavizó su alma.—Vale mucho más de lo que yo creía—se dijo. No sé qué muchacha, repleta de besos prematuros é hipocresías de amor, hubiera sido capaz de esa sinceridad.

Una nueva caída lo amargó de nuevo: «Resistí».... Y todo eso habían sido caricias del otro, cortadas por la defensa de ella.... La intensidad de la evocación fué tan incisiva y

tal el odio al otro retratado en su semblante, que un sujeto en quien Rohan tenía sin darse cuenta fija la vista, lo miró de mal modo al verse provocado así. Rohan, percatado de su ridiculez, volvió la cara—calmándose.

Pero el rocío anterior estaba muy fresco aún para que persistieran las dudas. Tornó á pensar en Eglé, en su valerosa angustia al decirlo aquello—que encerraba una completa seguridad de alma para el porvenir, y lleno de sana paz bajó en su casa. Acostóse, leyó contento y apagó la luz. Pero al punto de dormirse vió al otro, vestido de negro, en su lugar. Quiso arrancarse más no pudo: al otro era á quien besaba Eglé; al otro era á quien miraba con los ojos entornados; y en sus tres horas de insomnio recidivaron—más agudas por la inmovilidad—todas sus torturas.

Igual fué en los dos días subsiguientes.

XXII

Tres más tarde llegaba á la quinta. Apenas solo con Eglé pasóle la mano por la cintura y la miró largo rato, como si tras esos tres siglos de sufrimiento hubiera temido no reconocerla más, á fuerza de haber perdido su noción física de tanto raciocinar sobre ella. Eglé conoció en sus ojos que la angustia había retornado. Rohan, sin besarla, hundió su cabeza en el pecho de su novia. Un momento después sentía en ella la mano de Eglé.

—Qué tienes!

Rohan no respondió en seguida.

—Nada, sino que estoy maldito.

Eglé lo miró, más transida que él, pero Rohan esquivó los ojos y tornó á recostar la cabeza. En esos tres días, lo único que lo había consolado era la seguridad de que es-

tando con ella, sintiéndola suya, olvidaría todo.

Ahora era de él, toda de él — trataba de empaparse en eso. Cuando de pronto, mientras la mano calmante pasaba por su cabeza y sentía en el oído el corazón de Eglé, vió nítidamente *al otro* en su propio lugar, en otra circunstancia perfectamente igual á la de ese momento. Si estando solo esta imagen lo hacía profundo daño, al lado de ella, viviendo la evocación, no pudo soportarla.

Levantóse bruscamente y se paseó. Vió de costado la expresión desolada de Eglé, y en vez de calmarlo esto, revió al otro, caminando una vez como él, y á Eglé, la misma Eglé que quería calmarlo... Esta extendió la mano al pasar Rohan delante de ella.

—Pero qué tienes!—gimió consternada.

Ex-ac-ta-men-te eso había dicho al otro

—Déjame! — clamó, arrancando violentamente su mano. No ves que me vuelvo loco?

Y efectivamente temía quedarse loco si esa atroz pesadilla continuaba. Todo: la sala, su dolor, el silencio agravado por el tenue silbido del gas, toda esa situación había sido vivida por el otro. Dejóse caer al lado de ella, los codos sobre las rodillas y se tapó la cara.

E-so-mis-mo había hecho el otro... Sintió suavemente el brazo de Eglé en su cuello.

—No, por favor!—se arrancó levantándose de nuevo. No me digas ni me hagas nada!

Y al rato tornó á sentarse.

—Estoy maldito, maldito!—murmuró con un quebranto tal que estuvo á punto de ser sollozo.

Qué iba á decirle Eglé? Al fin, con un violento esfuerzo para detenerse en esa pendiente de locura, logró serenarse y buscó de nuevo el pecho de su novia. Sentía en el cuerpo de ella toda su dolorosa ansia.

—Pero dime, dime qué tienes!—gimió.

Rohan frotó su frente contra el seno como si buscara un hueco.

—No me veo á mí... — murmuró.

—Ella no oyó bien.

—Qué?...

Pasó un momento sin responder.

—No me veo á tu lado; veo al otro...

Ella lo estrechó con hondo amor y compasión.

—Si me conocieras más comprenderías qué distinto fué aquello de esto!... del amor que te tengo á ti!... Yo era muy chica... Papá se empeñó...

—No, no me digas nada! No quiero saber una palabra... ¡Si no me importa que lo hayas querido ó no! Lo que no quiero es que te haya tocado!

Eglé, sin responderle, levantóle á la fuerza la cabeza y puso en ella estremecida sus brazos y su boca, que fueron á Rohan lo que el primer soplo con olor á tierra mojada en

una asfixiante depresión de tempestad. La tranquilidad, bien que dolorida aún, llegábale.

—Me quieres? — la apretó, notando ya él mismo que esa forma suponía mejor estado.

—Sí, con toda mi alma! No te figuras, no te imaginas cuánto te quiero!...

—Ah, no sabes qué necesidad tengo de que me quieras!—le cogió la cara.

En cualquier otro momento la frase le hubiera parecido excesiva, literaria; pero ahora la sentía de tal modo, había surgido con tanta atormentada sinceridad de su alma, que Eglé la sintió también y sus ojos se empañaron de lágrimas.

—Y pensar — meditó él dolorosamente en voz alta—que he necesitado todo este infierno para darme cuenta de cómo te quiero!...

Y la paz se hizo. A ratos, la pesadilla volvía á cogerlo; pero Eglé lo notaba en seguida en sus ojos.

—No, no!—se quejaba, atrayéndolo.

XXIII

Al día siguiente Rohan se levantó con el espíritu tranquilo. Pensó en que tres días después vería á Eglé y se sintió feliz. Al decirle la noche anterior que había necesitado todo ese infierno para darse cuenta de cómo la quería, no había hecho sino expresar ese pensamiento en la misma forma en que él se lo había repetido mil veces. Sus torturas habíanse caracterizado, cómo es natural, por saltos súbitos de odio á amor y viceversa, y esto con la rapidez y falta de transición que conocen bien las personas que han visitado—dos segundos siquiera—el infierno de los celos. Había constatado, por la intensidad de uno y otro, que quería á Eglé mucho más de lo que él se imaginaba. «Y no haberme dado cuenta antes, esto es lo

doloroso, de lo que la quiero. Yo que le decía que fuera tranquilamente á bailar!».....

En resumen, como tras una pesadilla que después evocamos en todo detalle para apreciar más la dicha real, gozaba retropensando. Acudióle así el recuerdo de aquella vez en que preguntara por curiosidad á Eglé si había querido. «Una vez creí; pero ahora que te quiero á tí veo que me equivocaba»...

Se detuvo bruscamente. Era *el mismo*, sin duda... Por qué no me dijo entonces que había tenido novio?

Ya el veneno había entrado. Pasaron en explosión todas las certezas de honradez remachadas en su alma tras los días de martirio, y ni una siquiera resistió á esta pregunta: «Por qué me ocultó que había tenido novio? «La primera forma: «Por qué *no me dijo*» hubiera pasado sin morderlo; pero «Por qué *me ocultó*» sobraba para aguzar hasta la raíz los colmillos de sus celos.

Recomenzó el ciclo de dudas, comprendiendo que no recuperaría por mucho tiempo la confianza en Eglé, él que no había tenido jamás la menor curiosidad de preguntarle nada de los ocho años en que había dejado de verla porque la creía absolutamente incapaz de engañarlo. Y sin embargo, le había ocultado... Pero por qué, por qué motivo lo había ocultado?

Con esa terrible esencia de los celos de llevarnos fatalmente á los raciocinios de excepción, á las probabilidades mínimas, por los cuales una mirada distraída de nuestra mujer á un individuo que está en el palco vecino basta á hacernos dudar brutalmente de diez años de amor y cuatro hijos, Rohan encontraba ahora en el menor detalle una prueba de la constante preocupación de Eglé y toda la familia para que él no supiera aquello. Pero *por qué?* Qué ha-bía-ha-bi-do allí para ocultárselo de ese modo?...

Su inteligencia le decía bien que ése no era modo de raciocinar; pero su amor, demasiado sensibilizado y pervertido por los celos, le pedía á gritos raciocinios de esa especie. Su claro juicio le afirmaba: «Eglé no me lo dijo al principio únicamente por lucha de seducción; no haber querido nunca es un encanto más. Después no tuvo valor para decírmelo, temiendo el disgusto que me daría. Cómo exigir más violencia de sinceridad de un alma femenina?» Pero la perversión deductiva desviaba á tal punto las menores palabras sueltas y silencios recordados, que se enfangaba en las más abominables suposiciones, donde rodaban Eglé, Mercedes, la madre, hasta detenerse con un resoplido en ese vértigo de lodo.

En sus momentos de mayor odio á Eglé había acudido al recuerdo de su hermana; la evocación de Mercedes, que en otras ocasiones lo había excitado siempre, disgustába-

le ahora; le daba asco. Lo cual no hizo sino afirmarlo en la convicción de que quería mucho más á Eglé de lo que él suponía.

Ese lunes estuvo á punto de ir á Lomas, pero se sentía mal. Pasó el día siguiente peor aún, y el domingo, llegando á la quinta, presentía sordamente que esa noche concluía todo.

Como siempre en esos días últimos, Eglé, aproximándose á él, lo miró con dolorosa atención. Al ver sus ojos no tuvo duda de que otra noche de angustia les esperaba. Rohan, contraído, le puso por toda caricia la mano en el cuello.

—Necesito hablar contigo. Quedémonos aquí.

—Qué? murmuró ella angustiada.

—Dime: por-qué-no-me-di-jis-te que habías tenido novio?

Eglé tendió el brazo á él, pero la fría inmovilidad de Rohan la heló.

—Ya te dije la otra noche.....

—No me dijiste nada.

—Sí... no sé.. quise siempre decírtelo, desde la primera noche; pero no tuve valor...

—Perfectamente; pero por qué no-te-ní-as-valor?

Acentuó tanto la atormentada duda de la pregunta que Eglé irguió la cabeza y lo miró desesperada de tanta insistente tortura. Echó el brazo atrás buscando el banco y se dejó caer, la cara en la mano.

—Sin embargo, eso no es respuesta. Dime esto, nada más: por-qué-no-tu-vis-te-valor para decirme?

—No, por favor!...—gimió Eglé, volviéndose al otro lado. Pero Rohan tenía tras él tres días de emponzoñada amargura, y cada noble evasiva de Eglé era una nueva inyección de veneno en la herida abierta.

—Eso no es responder! No es!... Qué diablos! Cuando uno compra una cosa tiene el derecho de saber si ha sido usada ó nó!

—Oh!—exclamó Eglé, doblándose de brazos sobre el respaldo. Rohan se dió cuenta entonces de toda la brutalidad de lo que acababa de decir. Rabioso, comenzó á pasearse. En cada vuelta la miraba — siempre la cara oculta. «La he herido horriblemente. Si ha sido usada»... Y al percibir íntimamente que era á ella, á ella á quien concluía de decir eso, á su Eglé adorada, sola en el banco, la violenta reacción empapóle los nervios en liquidada ternura de arrepentimiento. La rodeó estremecido:

—Eglé... mi alma... perdón... perdóname...—Sintió en sus manos el calor de los brazos de Eglé y esta sensación, exclusivamente carnal, acrecentó la pureza de su ternura.

—Bueno, mi vida... perdóname, mírame...

Atraíala á sí y Eglé cedió, aunque con los ojos cerrados. Temblaba en un escalofrío constante. Rohan levantóle la frente á la fuer-

za y la besó con apasionada, honda y seria pasión. A cada expresión de íntimo cariño de él, Eglé se estrechaba más, conteniendo sus sollozos—por fin—á duras penas. Rohan, en sus incesantes besos, sentía sus mejillas mojadas por las de ella, y el enternecimiento sin par de que las lágrimas eran provocadas por él, ceñíale la garganta en un nudo de oprimida piedad. Tanto dijo y tanto hizo que al fin Eglé se sonrió.

—Que no vuelva esto!

—No, jamás! Hacerte sufrir así. . . .—y adorándose á través de sus ojos húmedos, concluían en una rendida dicha de cabezas recostadas. Pero á pesar de todo Eglé había sufrido demasiado para no quedar agotada el resto de la noche.

XXIV

El jueves siguiente Rohan salió á las cuatro del Ministerio y fué á Constitución. Considerando su ansia de estar con ella, sonreíase al suponer la dicha de Eglé viéndolo llegar así, todo amor y sana paz, ella que vivía pensando angustiada en los ojos que tendría Rohan al llegar, pues ellos le daban en seguida la norma de su estado. En efecto, halló la inquietud prevista; y aún más, notó cambiada á Eglé: la boca sin gracia, el labio superior amarillento, y las pestañas de sus ojos azules agrupadas desigualmente, como cuando no hace mucho rato se ha llorado.

—Mi amor!... Has estado llorando?

Eglé, con una débil sonrisa de dicha recuperada, pero que nos ha dejado la fatiga del sufrimiento anterior, se recostó á él.

—No... esta tarde... no sé lo que tenía... Tenía tanto miedo de que llegaras mal!... Pero nunca, nunca más, verdad?

—No, nunca, nunca! Ya se acabó todo!

—Hace un momento pensaba: Jamás podremos ser felices... Hoy va á llegar como el otro día, peor aún—se estrechó á él—y si vieras lo que sufro después, cuando te vas! Pero nunca más, no? No podría vivir así...

—Sí, y seremos felices, muy felices!

Subieron luego á la sala y Eglé tocó el piano, bajo cuya influencia Rohan sabía bien que sus esperanzas de disgustos concluídos para siempre lo llevarían á un definitivo porvenir de profunda felicidad conyugal. Después de comer bajaron de nuevo al jardín. Las horas pasaban, repitiéndose las mismas cosas que para dicha de ellos cobraban cada vez un acento de más honda ternura.

Desde el incidente del banco, los leones de

Rohan no habían rugido. Temía excesivamente hallar en el jardín el eco lejano de antes, y la cicatrización de sus heridas era demasiado reciente para reabrir la con el bramido rival. Había hasta entonces podido contenerse á tiempo, y tras una breve inmovilidad las hormigas se iban de sus manos. Pero esa noche, después de cinco horas de novia, sus leones rompieron la cadena al fin. Con violento esfuerzo consiguió sin embargo retirar la boca, los brazos, pero haciendo dar á Eglé del hombro—en desahogo de crispado cariño—una violenta vuelta sobre sí misma. Atrájola acto continuo, y creyó notar en los ojos de Eglé un velo de tristeza, como cuando algo nos evoca un pasado doloroso de que no queremos acordarnos.

Súbitamente Rohan sintió al *otro* en la mirada de Eglé ¡También él había hecho eso mismo! Quedó inmóvil, pero ya Eglé había notado sus ojos cambiados y le echaba los brazos

al cuello. Rohan la contuvo y dió unos pasos.

—Sabes lo que es curioso? Esto: que la menor caricia mía tiene el hermoso dón de hacerte acordar del otro!

—Oh, no! Te juro que no! — le echó los brazos consternada.

—Como sea! Es de lo más encantador para un novio!

Acelerábase cada vez más su respiración, exclusivamente nasal. Sintió que Eglé se acercaba despacio y le cogía la mano.

—No!—le dijo, sujetándole la muñeca — basta por hoy!

Todo el tormento infamante había vuelto y en diez segundos se halló en tal estado que comprendió le sería imposible quedarse un momento más.

—Me voy—se volvió á ella.—Quieres traerme el sombrero? Diles que pierdo el tren.

Caminaron hacia la verja, sin hablar, y Eglé le devolvía muerta su rápido beso.

XXV

Apenas á la tarde siguiente se calmó Rohan. Pero entonces dióse cuenta de lo duro que había estado con Eglé. Cada noche de visita había sido un repetido tormento para ella, y no por algo ajeno á la integridad de su mutuo amor, sino siempre, siempre tomando por blanco de bajas dudas la honradez de su novia. Vió claro lo mucho que debía de haber sufrido Eglé con un carácter como el suyo. — «Nada me hubiera costado contenerme—se decía con elemental ilogismo—ó por lo menos ya que me enlodaba yo con eso, no arrastrarla por la fuerza á que viera conmigo todo lo que es posible pensar de una novia cuando se tiene celos y se es un bruto como yo.»

Llegaba la reacción. Además, la maldita

pesadilla de ver constantemente á Eglé con el otro en situaciones idénticas á las suyas, todo eso iba perdiendo ya su ciega facultad de tormento en fuerza de analizar un millón de veces su esencia. La noche anterior había tornado, es verdad; pero ahora que se hallaba bien, bien, parecíale difícil volviera á recaer. Sobre todo, sentía un gran deseo de no envilecerse y torturar más á su Eglé. «Como ejemplo de pelea, tenemos bastante.» De pronto acordóse, como de una cosa muy lejana, de sus sondajes y pozos artesianos. «Pobres mis mechas»!—murmuró sonriendo. Y pensó en los bellos trabajos que haría un día, ella á su lado, pero no como antes cuando la conocía únicamente en la sala, sino seguro ahora, tras ruda prueba, de su modo de ser.

De modo que hallándose el viernes de noche en plena convalecencia, el sábado se despertó alegre. Estuvo luego muy activo en

su división, pues su amor sereno azuzábale la seriedad del trabajo. Sin embargo, no pudo resistir. Retiróse antes de hora y voló á Constitución, tomando el tren de las cuatro y cuarenta y cinco. Como era temprano y Eglé no lo esperaría aún, bajó en Banfield y prosiguió á Lomas á pie, despacio y feliz. Y al evocar á Eglé, acercándose á él — la mirada angustiada de temor como siempre—su certeza de paz final liquidóse en extrema ternura.

Llegó así á la hora de costumbre. Eglé estaba concluyendo de arreglarse y tuvo que esperar cinco largos minutos, acaso un poco desilusionado de no haberla visto salir á su encuentro. Por fin entró y Rohan fué apresurado á ella, pero en el momento de recogerla se detuvo inmóvil.

—Qué tienes?

—Nada—repuso Eglé. Fué dicho difícilmente, con el seco desentono que adquieren á nuestro pesar las palabras cuando estamos

profundamente embargados. Rohan la miró fijamente y tuvo la intuición desolada de que todo estaba concluído. Se sentó sin embargo— con otro ritmo de corazón — en la esperanza aún de que Eglé lo seguiría; pero ésta no se movió. Entonces se levantó.

—Qué tienes?—insistió.

—Nada— tornó á repetir, procurando en vano pronunciar bien.

Rohan se detuvo á su frente:

—Quieres que rompamos?

Ella no respondió.

—Podías habérmelo dicho antes—murmuró Rohan, yendo á coger su sombrero. Al volverse Eglé lo miró con desolada decisión.

—Mira:—le dijo, la voz rota de embargo.— Yo creo que no podremos ser felices así... Mejores que dejemos....

—Como quieras—repuso Rohan. —Te juro, no obstante,—agregó serio—que te he querido como tú no te imaginas.

Te he querido; luego la ruptura estaba hecha ya. Eglé se dejó caer sobre el taburete muerta.

—No... mejor es concluir...

Rohan salió, sin ver á la madre ni á Mercedes, discretamente disimuladas. Miró las plantas conocidísimas, la manga abandonada sobre el césped, el banco en que ella había estado sentada sola, *ocho* días antes—se acabó, se acabó... Ya nunca más! Nunca más Eglé lo miraría como antes!; nunca más diría: mi Eglé!.....; ya nunca, nunca más tendría el dón de verla sufrir por un solo gesto suyo... »Y hoy, como la quería! Hoy, que estaba dispuesto á adorarla para siempre, haberla perdido»!

—«Te he perdido, mi alma, mi alma!»—murmuraba, llorándose á sí mismo con la voz. Vió á Eglé, echándose de brazos en el piano apenas él se fué, desolada en sus tres meses de esperanzas concluídas con la ida de él.

Jamás volvería ella tampoco á oírlo:—«Mi Eglé, mi vida!...»

Tuvo un desesperado impulso de regresar. ¡Si Eglé lo quería, á pesar de todo! Y cuánto más comprendía esto, más comparaba la felicidad que pudo haber tenido con su desolación actual. Llegó á detenerse en una esquina, titubeando; pero se contuvo y siguió hacia la estación.

—Mi destino de siempre:—murmuró amargamente—darme cuenta del valor de lo que tengo cuando ya lo he perdido.

Subió en el tren que llegaba, dueño otra vez de sí. Nunca más volvería. Alejándose, miró por última vez la galería calada, el pasadizo norte, la verja, como miramos desde el coche—al emprender un largo viaje—las casas en que jamás nos fijamos, pero que comprendemos están en adelante ligadas para siempre al recuerdo del lugar donde amamos y sufrimos largos años.

Rohan se restregó los ojos—la vista un poco irritada—y miró el paisaje. Salían de Victoria y dentro de un momento llegaría. Había evocado sus recuerdos con tal intensidad que se sentía oprimido aún. Suspiró por fin. «La quise demasiado»—se dijo.—«Cinco años!.... Creería que han pasado cien».

Iba á verla. Constató que no había pensado una sola vez ir á ver á Eglé Elizalde ó simplemente á Eglé—sino á *verla*. Efecto de costumbre, sin duda; pero ello no obstó para que al golpear en la puerta sintiera en el estómago esa angustia de doloroso vacío que provoca la emoción de espera y que conocen los dispépticos cuando sienten falsa hambre. Es-

peró un buen rato y al fin la sirvienta llegó, tratando desde lejos de conocer quién era. Rohan dió su nombre, pero como la mujer, pecosa, de pelo rojo y revuelto, no pareciera haber entendido ni apellido ni lo que deseaba el visitante, se encogió ligeramente de hombros y extendió su tarjeta. Una puerta se abrió en el patio.

—Quién es?—preguntó impaciente una voz. La sirvienta, mirando otra vez á Rohan al cruzar aquél, entregó la cartulina.

—Es Mercedes—se dijo Rohan.—Quisiera ver el gesto que hace.

Un momento después la curiosa mujer volvía, haciendo pasar á Rohan. La sala estaba fría, oscura y oliente á barniz de muebles. Bien puesta, pero con una limpieza y orden excesivos, como sala costosa de gente no rica que tiene aquélla siempre cerrada para que no se deteriore. A excepción de una vitrina y dos ó tres pinturas de Mercedes, todo lo

demás era nuevo para Rohan. Al cabo de un cuarto de hora la puerta se abrió y Mercedes avanzó, con la expresión de una persona que simula ignorar de qué modo recibirnos. Rohan fué sonriendo á su encuentro y ella entonces le extendió franca la mano.

—Qué gusto nos da! Cuánto tiempo!

—Sí, mucho. He querido venir varias veces, y nunca he tenido tiempo. Suponía, como supongo aún, que mi visita no....

—Qué ocurrencia!... Por qué? Nunca más nos hemos visto, verdad?—preguntó con recordativa curiosidad.

—Nunca—es decir, ayer las ví á Vd. y á Eglé.

—Sí?..... No lo vimos.....

La puerta tornó á abrirse y entró la madre. Apenas vió Rohan su aire lento y grave comprendió que la señora esperaba antes que todo que la condoliera por la pérdida irreparable..... Así lo hizo y la madre, tras la dolo-

rosa pausa que es menester, suspiró sacudiendo la cabeza, para dar á entender que ya se podía y debía hablar de otra cosa.

—En fin!... Qué grata sorpresa, Rohan!

—He tenido muchísimo gusto... Acabo de decir á Mercedes que temía....

—Oh, cálese, por favor! Vd. no tenía que temer nada. Bien sabe el cariño con que lo hemos recibido siempre en casa..... Siempre nos extrañábamos... con Elizalde—sus ojos se apartaron un momento para alejar el fantasma querido—de que Vd., por su disgusto con Eglé, no hubiera vuelto más á vernos.

—Yo también, le juro; pero poco después me fuí al campo, y al principio estaba aún algo sensible.

La madre lo miró sonriendo y sacudiendo la cabeza:

—Qué muchachos! ...—Se rehizo, seria.

—Supimos no sé por quien que su papá había muerto... ,

—Sí, señora; hace ya casi cinco años.

—Y Vd. vive allá? Eso sabíamos. Y agregó con sencilla curiosidad:

—Quedaron Vds. en buena posición? Es decir...

—Sí, soy hijo único; mi madre murió hace mucho.

Y volvió á preguntar, naturalmente:

—Pero fortuna grande, creo, no?

—Muy grande, tal vez no; pero en fin....

No tendría el gusto de ver á Eglé?

—Oh, no faltaba más, Rohan! Mercedes! anda á ver qué hace tu hermana.—Tornando la cabeza á medias á Rohan, añadió con una sonrisa:

—Dile que está bien como está, que no se arregle tanto.

Rohan, por cortesía, se sonrió también al recuerdo. Un momento después oía los pasos de Eglé y ésta entró. Contra todo lo que esperaba sintió al mirarla gran curiosidad, pero

nada más. Había gastado toda la emoción que pudiera haber sentido presintiéndola en sus recuerdos. Eglé lo saludó con perfecta naturalidad. Dijéronse: Cómo le va? á un tiempo y se sentaron, mirándose con franca sonrisa.

—Está igual — le dijo Eglé después de un instante de curiosa atención. — No ha cambiado nada.

—No — apoyó la madre. — Muy quemado, eso sí.

Eglé tampoco había cambiado; pero se conocían claro sus cinco años más; las facciones todas precisas, y sobre todo la mirada más segura de mujer formada.

—Hacia mucho tiempo que no lo veías?— se volvió la madre á Eglé.

—Sí, mucho. — Volvieron á mirarse sonriendo. Rohan continuó:

—No sabía que vivieran en San Fernando...

—Sí, hace ocho meses; poco después de morir papá.

Durante media hora la conversación prosiguió, muy cordial.

—Mercedes! — recordó la madre. — Café, Rohan?..... Cierto, usted no tomaba de tarde..... Y su estómago? — se rió.

—Bien, no siento nada ya. Sí, café. Mercedes tornó á salir y al rato la madre se levantó.

—Me permite, Rohan? Desconfío mucho de la habilidad de mi hija.....

Quedaron solos. Rohan sintió que no era posible estar callados y rompió jovialmente:

—Quién nos hubiera dicho, verdad? Volver á vernos á los cinco años.....

Eglé se sonrió.

—Cierto; yo creía que nunca más nos veríamos.

Pero es peligroso jugar con los pretéritos.

Yo creí. Eso era antes, cuando iba á Lomas..... Otra vez estaba delante de ella, de su Eglé. El posesivo le evocó de nuevo la tarde

final en que salió desesperado de la quinta, amargándose la boca en ese mismo *su* Eglé, que ya nunca más podía decir. Recordó tan vivamente su dolor que la tranquilidad actual le echó del pecho en un suspiro de desahogo afectuoso:

—Cuánto la he querido!

Eglé lo miró, devolviéndole su sonrisa:

—No fué usted solo, me parece.....

Apartó la vista y Rohan la observó rápida y atentamente. Era ella, sin duda; la misma cintura rígida por el corsé, las mismas cejas que se levantaban de cariñosa extrañeza. Pero la mirada, la mirada era otra; no cambiada en esencia, pero sí acusando claramente en su aplomo que los cinco años de experiencia no habían pasado impunemente.

—Sabe muchas más cosas que antes — no pudo menos de decirse Rohan.

—Vd. se fué en seguida al campo, no?

—Sí, poco después, cuando salí del Minis-

terio..... — Y un súbito recuerdo le hizo exclamar:

—Se acuerda de los pozos artesianos?

Eglé se rió.

—Me acuerdo..... Esta mañana — por casualidad — me acordé también de una cosa.

—Qué?

—Cuando yo era chica, lo que Vd. me dijo en la calle una vez.

—Sí, ya habíamos empezado. Hace trece años.....—murmuró, dolorido por ese recuerdo lejano. Había sufrido demasiado por él.....

Mas el café llegaba y poco después Rohan quedaba solo con la madre.

—Cómo la halla á Eglé?

—Igual; no ha cambiado absolutamente nada.

Paseábase después del café, según era costumbre en él.

—¡Qué muchachos!..... — tornó á murmurar cariñosamente la madre, mientras lo seguía

con los ojos. —Vd. no se figura cuánto lo ha querido Eglé — agregó triste y gravemente.

—«Lo mismo le dije á su hija cuando le parecí demasiado difícil» — pensó Rohan.

—Creo que nunca más volverá Eglé á querer á nadie como lo quiso á Vd.

—No fuí yo quien rompió, sin embargo! — no pudo contener Rohan. La madre sacudió la cabeza con cariñosa lástima.

—Parece mentira que no conozca Vd. más á las mujeres, Rohan! Eran cosas de Eglé! Y luego, acuérdesse: 17 años! Qué juicio quiere Vd. que tenga una muchacha á esa edad?

Rohan recostóse en el centro de mesa y no respondió.

—Vea, Rohan, créame porque yo conozco bien á mi hija: Si en vez de pasar eso antes, fuera ahora, hubieran sido Vds. muy felices.

—Lo creo— sonrió Rohan con amargura — pero han pasado cinco años.

Y por tercera vez la madre alzó á él los

ojos de compasiva y protectora experiencia.

—Qué muchachos!.....

—¿Estas iniciales? -- preguntó Rohan, que acababa de notar A. M. y E. E. grabadas en un caracol de montaña con que jugaba distraído.

—Son de Eglé, de Córdoba — repuso la madre con la negligente sonrisa que nos provoca la explicación de un detalle sin ninguna importancia. — Es un recuerdo; no sé cómo está aquí..... Tuvo amores con él; pero estoy segura de que nunca lo quiso. — Y agregó fundamentalmente: — El primer amor, créame, es el único que se siente.

Lo que la madre no recordaba en su insinuante filosofía, había costado á Rohan muchas alucinaciones de jardines y bancos para olvidarse de que él no era ese primer amor. Las dos hermanas, entrando con pequeño intervalo, refrescaron la pesada atmósfera que aquel sentía en su tête à tête con la madre.

Poco después se despedía.

—Lo que es esta vez — le dijo la madre con solemne cariño, tomándole las dos manos — júrenos volver á vernos á menudo. Vd. no sabe cuántas veces nos hemos acordado de Vd. Lo promete?... Conoce bien el camino? Eglé, acompáñalo hasta la esquina... Pero cuidado, Rohan! — se rió mientras se alejaban. Rohan prometió volver.

Pero estaba seguro de lo contrario. Llegó á tiempo á la estación y subió en el tren, con mortal frío en el alma. No había duda; su fortuna atraía ahora inmensamente á la madre, y Eglé tenía ya veintidós años. Recordó á su Eglé de antes — muy joven — y su sinceridad prima sacudida por el amor, que hubiera hecho de ella una admirable mujer. Ahora era tarde. Por su parte él tenía treinta y tres años, hallábase fuerte y completamente tranquilo de espíritu, trabajando en paz.

Destemplado por el atardecer hundióse en su rincón y evocó las dos horas pasadas, página final de una historia cuya amargura no quería por nada volver á revivir. Mientras miraba por la ventanilla, en el crepúsculo frío los cardos que se desmenuzaban volando al paso del tren, recordó: «Cuando la tierra se enfermó, el cielo se puso gris y los bosques se pudrieron por la lluvia, el hombre muerto volvió, una tarde de otoño, á ver de nuevo lo que había amado.»

No, no... Había comprado muy cara su felicidad actual para desear perderla.

Arrellenóse bien en el asiento y suspiró de satisfacción, pensando que dos días después podría estar tranquilo en la estancia.

Los perseguidos



Una noche que estaba en casa de Lugones, la lluvia arreció de tal modo que nos levantamos á mirar á través de los vidrios. El pampero silbaba en los hilos, sacudía el agua que empañaba en rachas convulsivas la luz roja de los faroles. Después de seis días de temporal, esa tarde el cielo había despejado al sur en un límpido azul de frío. Y he aquí que la lluvia volvía á prometernos otra semana de mal tiempo.

Lugones tenía estufa, lo que halagaba suficientemente mi flaqueza invernal. Volvimos á sentarnos prosiguiendo una charla amena, como es la que se establece sobre las personas locas. Días anteriores aquél había visita-

do un manicomio; y las bizarrías de su gente, añadidas á las que yo por mi parte había observado alguna vez, ofrecían materia de sobra para un confortante vis. á vis de hombres cuerdos.

Dada, pues, la noche, nos sorprendimos bastante cuando la campanilla de la calle sonó. Momentos después entraba Lucas Díaz Vélez.

Este individuo ha tenido una influencia bastante nefasta sobre una época de mi vida, y esa noche lo conocí. Según costumbre, Lugones nos presentó por el apellido únicamente, de modo que hasta algún tiempo después ignoré su nombre.

Díaz era entonces mucho más delgado que ahora. Su ropa negra, color trigueño mate, cara afilada y grandes ojos negros, daban á su tipo un aire no común. Los ojos, sobre todo, de fijeza atónita y brillo arsenical, llamaban fuertemente la atención. Peinábase en esa época al medio y su pelo lacio, perfec-

tamente aplastado, parecía un casco lucente.

En los primeros momentos Vélez habló poco. Cruzóse de piernas, respondiendo lo justamente preciso. En un instante en que me volví á Lugones, alcancé á ver que aquél me observaba. Sin duda en otro hubiera hallado muy natural ese examen tras una presentación; pero la inmóvil atención con que lo hacía me chocó.

Pronto dejamos de hablar. Nuestra situación no fué muy grata, sobre todo para Vélez, pues debía suponer que antes de que él llegara nosotros no practicaríamos ese terrible mutismo. El mismo rompió el silencio. Habló á Lugones de ciertas chancacas que un amigo le había enviado de Salta, y cuya muestra hubo de traer esa noche. Parecía tratarse de una variedad repleta de agrado en sí, y como Lugones se mostrara suficientemente inclinado á comprobarlo, Días Vélez prometióle enviar modos para ello.

Roto el hielo, á los diez minutos volvieron nuestros locos. Aunque sin perder una palabra de lo que oía, Díaz se mantuvo aparte del ardiente tema; no era posiblemente de su predilección. Por eso cuando Lugones salió un momento, me extrañó su inesperado interés. Contóme en un momento porción de anécdotas—las mejillas animadas y la boca precisa de convicción. Tenía por cierto á esas cosas mucho más amor del que yo le había supuesto, y su última historia, contada con honda viveza, me hizo ver entendía á los locos con una sutileza no común en el mundo.

Se trataba de un muchacho provinciano que al salir del marasmo de una tifoidea halló las calles pobladas de enemigos. Pasó dos meses de persecución, llevando así á cabo no pocos disparates. Como era muchacho de cierta inteligencia, comentaba él mismo su caso con una sutileza tal que era imposible saber qué pensar, oyéndolo. Daba la

más perfecta idea de farsa; y ésta era la opinión general al oírlo, argumentar picarescamente sobre su caso—todo esto con la vanidad característica de los locos.

Pasó de este modo tres meses pavoneando sus agudezas sicológicas, hasta que un día se mojó la cabeza en el agua fresca de la cordura y modestia en las propias ideas.

—Ahora está bien—concluyó Vélez—pero le han quedado algunas cosas muy típicas. Hace una semana, por ejemplo, lo hallé en una farmacia; estaba recostado de espaldas en el mostrador, esperando no sé qué. Pusímonos á charlar. De pronto un individuo entró sin que lo viéramos, y como no había ningún dependiente llamó con los dedos en el mostrador. Bruscamente mi amigo se volvió al intruso con una instantaneidad verdaderamente animal, mirándolo fijamente en los ojos. Cualquiera se hubiera también dado vuelta, pero no con esa rapidez de hombre que está

siempre sobre aviso. Aunque no perseguido ya, ha guardado sin que él se dé cuenta un fondo de miedo que explota á la menor idea de brusca sorpresa. Después de mirar un rato sin mover un músculo, pestañea y aparta los ojos, distraído. Parece que hubiera conservado un oscuro recuerdo de algo terrible que le pasó en otro tiempo y contra lo que no quiere más estar desprevenido. Supóngase ahora el efecto que le hará una súbita cogida del brazo, en la calle. Creo que no se le irá nunca.

—Indudablemente el detalle es típico—apoyé.—Y las sicologías desaparecieron también?

Cosa extraña: Díaz se puso serio y me lanzó una fría mirada hostil.

—Se puede saber por qué me lo pregunta?

—Porque hablábamos justamente de eso!—le respondí sorprendido. Mas seguramente el hombre había visto toda su ridiculez porque se disculpó en seguida efusivamente:

—Perdóneme. No sé qué cosa rara me pasó. A veces he sentido así, como una fuga inesperada de cabeza. Cosas de loco—agregó riéndose y jugando con la regla.

—Completamente de loco—bromeé.

—Y tanto! Sólo que por ventura me queda un resto de razón. Y ahora que recuerdo, aunque le pedí perdón—y le pido de nuevo—no he respondido aún á su pregunta. Mi amigo no sicologa más. Como ahora es íntimamente cuerdo no siente como antes la perversidad de denunciar su propia locura, forzando esa terrible espada de dos filos que se llama raciocinio... verdad? Es bien claro.

—No mucho—me permití dudar.

—Es posible — se rió en definitiva. — Otra cosa muy de loco.—Me hizo una guiñada, y se apartó sonriente de la mesa, sacudiendo la cabeza como quien calla así muchas cosas que podrían decirse.

Lugones volvió y dejamos nuestro tema —

ya agotado, por otro lado. Durante el resto de la visita Díaz habló poco, aunque se notaba claro la nerviosidad que le producía á él mismo su hurañía. Al fin se fué. Posiblemente trató de hacerme perder toda mala impresión con su afectuosísima despedida, ofreciéndome su apellido y su casa con un sostenido apretón de manos lleno de cariño. Lugones bajó con él, porque su escalera ya oscura no despertaba fuertes deseos de arriesgarse solo en su perpendicularidad.

—Qué diablo de individuo es ése? — le pregunté cuando volvió. Lugones se encogió de hombros.

—Es un individuo terrible. No sé cómo esta noche ha hablado diez palabras con Vd. Suele pasar una hora entera sin hablar por su cuenta, y ya supondrá la gracia que me hace cuando viene así. Por otro lado, viene poco. Es muy inteligente en sus buenos momentos. Ya lo habrá notado porque oí que conversaban.

—Sí, me contaba un caso curioso.

—De qué?

—De un amigo perseguido. Entiende como un demonio de locuras.

—Ya lo creo, como que él también es perseguido.

Apenas oí esto un relámpago de lógica explicativa iluminó lo oscuro que sentía en el otro. Indudablemente!... Recordé sobre todo su aire fosco cuando le pregunté si no sicologaba más... El buen loco había creído que yo lo adivinaba y me insinuaba en su fuero interno...

—Claro!—me reí.—Ahora me doy cuenta! Pero es endiabladamente sutil su Díaz Vélez!—Y le conté el lazo que me había tendido para divertirse á mis expensas: la ficción de un amigo perseguido, sus comentarios. Pero apenas en el comienzo Lugones me cortó:

—No hay tal; eso ha pasado efectivamente. Sólo que el amigo es él mismo. Le ha

dicho en un todo la verdad; tuvo una tifoidea, quedó mal, curó hasta por ahí, y ya ve que es bastante problemática su cordura. También es muy posible que lo del mostrador sea verdad, pero pasado á él mismo. Interesante el individuo, eh ?

—De sobra!—le respondí, mientras jugaba con el cenicero.

*
* *

Salí tarde. El tiempo se componía al fin, y sin que el cielo se viera el pecho libre lo sentía más alto. No llovía más. El viento fuerte y seco rizaba el agua de las veredas y obligaba á inclinar el busto en las bocacalles. Llegué á Santa Fe y esperé un rato el tramway, sacudiendo los pies. Aburrido, decidíme á caminar ; apresuré el paso, encerré estrictamente las manos en los bolsillos y entonces pensé bien en Díaz Vélez.

Lo que más recordaba de él era la mirada con que me observó al principio. No se la podía llamar inteligente, reservando esta cualidad á las que buscan en la mirada nueva, correspondencia — pequeña ó grande — á la personal cultura—y habituales en las personas de cierta elevación. En estas miradas hay siempre un cambio de espíritus, — profundizar hasta dónde llega la persona que se acaba de conocer, pero entregando francamente al examen extranjero parte de la propia alma.

Díaz no me miraba así; me miraba *á mí* únicamente. No pensaba qué era ni qué podía ser yo, ni había en su mirada el más remoto destello de curiosidad sicológica. Me observaba, nada más, como se observa sin pestañar la actitud equívoca de un felino.

Después de lo que me contara Lugones, no me extrañaba ya esa objetividad de mirada de loco. En pos de su examen, satisfe-

cho seguramente se había reído de mí con el espantapájaro de su propia locura. Pero su afán de delatarse á escondidas tenía menos por objeto burlarse de mí que divertirse á sí mismo. Yo era simplemente un pretexto para el razonamiento y sobre todo un punto de confrontación: cuanto más admirase yo la endemoniada perversidad del loco que me describía, tantos más rápidos debían ser sus frutivos restregones de manos. Faltó para su dicha completa que yo le hubiera dicho: —« ¿Pero no teme su amigo que lo descubran al delatarse así»? No se me ocurrió, y en particular porque el amigo aquel no me interesaba mayormente. Ahora que sabía yo en realidad quién era el perseguido, me prometía provocarle esa felicidad violenta — y esto es lo que iba pensando mientras caminaba.

Pasaron sin embargo quince días sin que volviera á verlo. Supe por Lugones que ha-

bía estado en su casa, llevándole las confituras—buen regalo para él.

—Me trajo también algunas para Vd. Como no sabía dónde vive—creo que Vd. no le dió su dirección—las dejó en casa. Vaya por allá.

—Un día de éstos. Está acá todavía?

—Díaz Vélez?

—Sí.

—Sí, supongo que sí; no me ha hablado una palabra de irse.

En la primera noche de lluvia fui á lo de Lugones, seguro de hallar al otro. Por más que yo comprendiera como nadie que esa lógica de pensar encontrarlo *justamente* en una noche de lluvia era propia de perro ó loco, la sugestión de las coincidencias absurdas regirá siempre los casos en que el razonamiento no sabe ya qué hacer.

Lugones se rió de mi empeño en ver á Díaz Vélez.

—Tenga cuidado ! Los perseguidos comienzan adorando á sus futuras víctimas. El se acordó muy bien de Vd.

—No es nada. Cuando lo vea me va á tocar á mí divertirme.

Esa noche salí muy tarde.

*
* *

Pero no hallaba á Díaz Vélez. Hasta que un medio día, en el momento en que iba á cruzar la calle, lo vi en Artes. Caminaba hacia el norte, mirando de paso todas las vidrieras, sin dejar pasar una, como quien va pensando preocupado en otra cosa. Cuando lo distinguí ya había sacado yo el pie de la vereda. Quise contenerme pero no pude y descendí á la calle, casi con un traspie. Me dí vuelta y miré el borde de la vereda, aunque estaba bien seguro de que no había hada. Un coche de plaza guiado por un negro

con saco de lustrina pasó tan cerca de mí que el cubo de la rueda trasera me engrasó el pantalón. Detúveme de nuevo, seguí con los ojos las patas de los caballos, hasta que un automóvil me obligó á saltar.

Todo esto duró diez segundos, mientras Díaz continuaba alejándose, y tuve que forzar el paso. Cuando lo sentí á mi certísimo alcance todas mis inquietudes se fueron para dar lugar á una gran satisfacción de mí mismo. Sentíame en hondo equilibrio. Tenía todos los nervios conscientes y tenaces. Cerraba y abría los dedos en toda extensión, feliz. Cuatro ó cinco veces en un minuto llevé la mano al reloj, no acordándome de que se me había roto.

Díaz Vélez continuaba caminando y pronto estuve á dos pasos detrás de él. Uno más y lo *podía* tocar. Pero al verlo así, sin darse ni remotamente cuenta de mi inmediatez, á pesar de su delirio de persecución y sicolo-

gias, regulé mi paso exactamente con el suyo. Perseguido! Muy bien!..... Me fijaba detalladamente en su cabeza, sus codos, sus puños un poco de fuera, las arrugas transversales del pantalón en las corvas, los tacos, ocultos y visibles sucesivamente. Tenía la sensación vertiginosa de que antes, millones de años antes, yo había hecho ya eso: encontrar á Díaz Vélez en la calle, seguirlo, alcanzarlo — y una vez esto seguir detrás de él—*detrás*. Irradiaba de mí la satisfacción de diez vidas enteras que no hubieran podido nunca realizar su deseo. Para qué tocarlo? De pronto se me ocurrió que podría darse vuelta, y la angustia me apretó instantáneamente la garganta. Pensé que con la laringe así oprimida no se puede gritar, y mi miedo único, espantablemente único fué no poder gritar cuando se volviera, como si el fin de mi existencia debiera haber sido avanzar precipitadamente sobre él, abrirle las mandíbu-

las y gritarle desaforadamente en plena boca—contándole de paso todas las muelas.

Tuve un momento de angustia tal que me olvidé de ser él todo lo que veía: los brazos de Díaz Vélez, las piernas de Díaz Vélez, los pelos de Díaz Vélez, la cinta del sombrero de Díaz Vélez, la trama de la cinta del sombrero de Díaz Vélez, la urdimbre de la urdimbre de Díaz Vélez, de Díaz Vélez, de Díaz Vélez.....

Esta seguridad de que á pesar de mi terror no me había olvidado un momento de él, serenóme del todo.

Un momento después tuve loca tentación de tocarlo sin que él sintiera, y en seguida, lleno de la más grande felicidad que puede haber en un acto que es creación intrínseca de uno mismo, le toqué el saco con exquisita suavidad, justamente en el borde inferior — ni más ni menos. Lo toqué y hundi en el bolsillo el puño cerrado.

Estoy seguro de que más de diez personas me vieron. Me fijé en tres: Una pasaba por la vereda de enfrente en dirección contraria, y continuó su camino dándose vuelta á cada momento con divertida extrañeza. Llevaba una balija en la mano, que giraba de punta hacia mí cada vez que el otro se volvía.

La otra era un revisador de tramway que estaba parado en el borde de la vereda, las piernas bastante separadas. Por la expresión de su cara comprendí que antes de que yo hiciera eso ya nos había observado. No manifestó la mayor extrañeza ni cambió de postura ni movió la cabeza—siguiéndonos, eso sí, con los ojos. Supuse que era un viejo empleado que había aprendido á ver únicamente lo que le convenía.

El otro sujeto era un individuo grueso, de magnífico porte, barba catalana y lentes de oro. Debía de haber sido comerciante en España. El hombre pasaba en ese instante á

nuestro lado y me vió hacer. Tuve la seguridad de que se había detenido. Efectivamente, cuando llegamos á la esquina díme vuelta y lo vi inmóvil aún, mirándome con una de esas extrañezas de hombre honrado, enriquecido y burgués que obligan á echar un poco la cabeza atrás con el ceño arrugado. El individuo me encantó. Dos pasos después volví el rostro y me reí en su cara. Vi que contraía más el ceño y se erguía dignamente como si dudara de ser el aludido. Hícele un ademán de vago disparate que acabó de desorientarlo.

Seguí de nuevo, atento únicamente á Díaz Vélez. Ya habíamos pasado Cuyo, Corrientes, Lavalle, Tucumán y Viamonte. La historia del saco y los tres mirones había sino entre estas dos últimas. Tres minutos después llegábamos á Charcas y allí se detuvo Díaz. Miró hacia Suipacha, columbró una silueta detrás de él y se volvió de golpe. Recuerdo

perfectamente este detalle: durante medio segundo detuvo la mirada en un botón de mi chaleco, una mirada rapidísima, preocupada y vaga al mismo tiempo, como quien fija de golpe la vista en cualquier cosa, á punto de acordarse de algo. En seguida me miró en los ojos.

—Oh, cómo le va!—me apretó la mano, soltándomela velozmente.—No había tenido el gusto de verlo después de aquella noche en lo de Lugones. ¿Venía por Artes?

—Sí, doblé en Viamonte y me apuré para alcanzarlo. También tenía deseos de verlo.

—Yo también. No ha vuelto por lo de Lugones?

—Sí, y gracias por las chancacas; muy ricas.

Nos callamos, mirándonos.

—Cómo le va?—rompí sonriendo, expresándole en la pregunta más cariño que deseos de saber en realidad cómo se hallaba.

—Muy bien—me respondió en igual tono. Y nos sonreímos de nuevo.

Desde que comenzáramos á hablar yo había perdido los turbios centelleos de alegría de minutos anteriores. Estaba tranquilo otra vez; eso sí, lleno de ternura con Díaz Vélez. Creo que nunca he mirado á nadie con más cariño que á él en esa ocasión.

—Esperaba el tramway?

—Sí—afirmó mirando la hora. Al bajar la cabeza al reloj, vi rápidamente que la punta de la nariz le llegaba al borde del labio superior. Irradióme desde el corazón un ardiente cariño por Díaz.

—No quiere que tomemos café? Hace un sol maravilloso... Suponiendo que haya comido ya y no tenga urgencia...

—Sí, no, ninguna—contestóme con voz distraída mirando á lo lejos de la vía.

Volvimos. Posiblemente no me acompañó con decidida buena voluntad. Yo lo deseaba

muchísimo más alegre y sutil—sobre todo esto último. Sin embargo mi efusiva ternura por él dió tal animación á mi voz que á las tres cuabras Díaz cambió. Hasta entonces no había hecho más que extender el bigote derecho con la mano izquierda, asintiendo sin mirarme. De ahí en adelante echó las manos atrás. Al llegar á Corrientes—no sé qué endiablada cosa le dije—se sonrió de un modo imperceptible, siguió alternativamente un rato la punta de mis zapatos y me lanzó á los ojos una fugitiva mirada de soslayo.

—Hum... ya empieza—pensé. Y mis ideas, en perfecta fila hasta ese momento, comenzaron á cambiar de posición y entrechocarse vertiginosamente. Hice un esfuerzo para rehacerme y me acordé súbitamente de un gato plomo, sentado en una silla, que yo había visto cuando tenía cinco años. Por qué ese gato?... Silbé y callé de golpe. De pronto sonéme las narices y tras el pañuelo me reí

sigilosamente. Como había bajado la cabeza y el pañuelo era grande, no se me veía más que los ojos. Y con ellos atisbé á Díaz Vélez, tan seguro de que no me vería que tuve la tentación fulminante de escupirme precipitadamente tres veces en la mano y soltar la carcajada, para hacer una cosa de loco.

* * *

Ya estábamos en *La Brasileña*. Nos sentamos en la diminuta mesa, uno enfrente de otro, las rodillas tocando casi. El fondo verde nilo del café daba en la cuasi penumbra una sensación de húmeda y reluciente frescura que obligaba á mirar con atención las paredes por ver si estaban mojadas.

Díaz se volvió al mozo recostado de espaldas y el paño en las manos cruzadas, y adoptó en definitiva una postura cómoda.

Pasamos un rato sin hablar, pero las mos-

cas de la excitación me corrían sin cesar por el cerebro. Aunque estaba serio, á cada instante cruzábame por la boca una sonrisa convulsiva. Mordíame los labios esforzándome—como cuando estamos tentados—en tomar una expresión natural que rompía en seguida el tic desbordante. Todas mis ideas se precipitaban superponiéndose unas sobre otras con velocidad inaudita y terrible expansión rectilínea; cada una era un impulso incontenible de provocar situaciones ridículas y sobre todo inesperadas; ganas locas de ir hasta el fin de cada una, cortarla de repente, seguir esta otra, hundir los dos dedos rectos en los dos ojos separados de Díaz Vélez, dar porque sí un grito enorme tirándome el pelo, y todo por hacer algo absurdo—y en especial á Díaz Vélez. Dos ó tres veces lo miré fugazmente y bajé la vista. Debía de tener la cara encendida porque la sentía ardiendo.

Todo esto pasaba mientras el mozo acudía

con su máquina, servía el café y se iba, no sin antes echar á la calle una mirada distraída. Díaz continuaba desganado, lo que me hacía creer que cuando lo detuve en Charcas pensaba en cosa muy distinta de acompañar á un loco como yo...

¡Eso es! Acababa de dar en la causa de mi desasosiego. Díaz Vélez, loco maldito y perseguido, sabía perfectamente que lo que yo estaba haciendo era obra suya. «Estoy seguro de que mi amigo—se habrá dicho—va á tener la pueril idea de querer espantarme cuando nos veamos. Si me llega á encontrar fingirá impulsos, sicologías, persecuciones; me seguirá por la calle haciendo muecas, me llevará después á cualquier parte, á tomar café»...

—¡Se equivoca com-ple-ta-men-te!—le dije, poniendo los codos sobre la mesa y la cara entre las manos. Lo miraba sonriendo, sin duda, pero sin apartar mis pupilas de las suyas.

Díaz me miró sorprendido de verme salir con esa frase inesperada.

—¿Qué cosa?

—Nada, esto no más: ¡se equivoca completamente!

—¡Pero á qué diablos se refiere! Es posible que me equivoque, pero no sé... ¡Es muy posible que me equivoque, no hay duda!

—No se trata de que haya duda ó que no sepa; lo que le digo es esto, y voy á repetirlo claro para que se dé bien cuenta: ¡se e-qui-vo-ca com-ple-ta-men-te!

Esta vez Díaz me miró con atenta y jovial atención y se echó á reír, apartando la vista.

—¡Bueno, convengamos!

—Hace bien en convenir porque es así — insistí, siempre la cara entre las manos.

—Creo lo mismo — se rió de nuevo.

Pero yo estaba seguro de que el maldito individuo sabía muy bien qué le quería decir con eso. Cuanto más fijaba la vista en él,

más se entrechocaban hasta el vértigo mis ideas.

—Dí-az-Vé-lez... — articulé lentamente, sin arrancar un instante mis ojos de sus pupilas. Díaz no se volvió á mí, comprendiendo que no le llamaba.

—Dí-az-Vé-lez— repetí con la misma imprecisión extraña á toda curiosidad, como si una tercera persona invisible y sentada con nosotros hubiera intervenido así.

Díaz pareció no haber oído, pensativo. Y de pronto se volvió francamente; las manos le temblaban un poco.

—Vea,—me dijo con decidida sonrisa.— Sería bueno que suspendiéramos por hoy nuestra entrevista. Usted está mal y yo voy á concluir por ponerme como usted. Pero antes es útil que hablemos claramente, porque si no no nos entenderemos nunca. En dos palabras: usted y Lugones y todos me creen perseguido. ¿Es cierto ó no?

Seguía mirándome en los ojos, sin abandonar su sonrisa de amigo franco que quiere dilucidar para siempre malentendidos. Yo había esperado muchas cosas, menos ese valor. Díaz me echaba, con eso sólo, todo su juego descubierto sobre la mesa, frente á frente, sin perdernos un gesto. Sabía que yo *sabía* que quería jugar conmigo otra vez, como la primera noche en lo de Lugones y, sin embargo, se arriesgaba á provocarme.

De golpe me serené; ya no se trataba de dejar correr las moscas subrepticamente por el propio cerebro por ver qué harían, sino acallar el enjambre personal para oír atentamente el zumbido de las moscas ajenas.

—Tal vez—le respondí de un modo vago cuando concluyó.

—Usted creía que yo era perseguido, ¿no es cierto?

—Creía.

—¿Y que cierta historia de un amigo loco

que le conté en lo de Lugones, era para burlarme de usted?

—Sí.

—Perdóneme que siga. ¿Lugones le dijo algo de mí?

—Me dijo.

—¿Que era perseguido?

—Sí.

—Y usted cree mucho más que antes que soy perseguido, ¿verdad?

—Exactamente.

Los dos nos echamos á reír, apartando al mismo tiempo la vista. Díaz llevó la taza á la boca, pero á medio camino notó que estaba ya vacía y la dejó. Tenía los ojos más brillantes que de costumbre y fuertes ojeras —no de hombre, sino difusas y moradas de mujer.

—Bueno, bueno, — sacudió la cabeza cordialmente.—Es difícil que no crea eso. Es posible, tan posible como esto que le voy á

decir, dígame bien: Yo puedo ó no ser perseguido; pero lo que es indudable es que el empeño suyo en hacerme ver que usted también lo es, tendrá por consecuencia que usted, en su afán de *estudiarme*, acabará por convertirse en perseguido real, y yo entonces me ocuparé en hacerle muecas cuando no me vea, como usted ha hecho conmigo seis cuerdas seguidas, hace media hora... y esto también es cierto. Y también esto otro: los dos nos vemos bien; usted sabe que yo — perseguido real é *inteligente*, — soy capaz de fingir una maravillosa normalidad; y yo sé que usted — perseguido larvado — es capaz de simular perfectos miedos. ¿Acierto?

—Sí, es posible haya algo de eso.

—¿Algo? No, todo.

Volvimos á reírnos, apartando enseguida la vista. Puso los dos codos sobre la mesa y la cara entre las manos, como yo un rato antes.

—¿Y si yo efectivamente creyera que usted me persigue?

Vi sus ojos de arsénico fijos en los míos. Entre nuestras dos miradas no había nada, nada más que esa pregunta perversa que lo vendía en un desmayo de su astucia. ¿Pensó él preguntarme eso? No; pero su delirio estaba sobrado avanzado para no sufrir esa tentación. Se sonreía, con su pregunta sutil; pero el loco, el loco verdadero se le había escapado y yo lo veía en sus ojos, atisbándome.

Me encogí desenfadadamente de hombros y como quien extiende al azar la mano sobre la mesa cuando va á cambiar de postura cogí disimuladamente la azucarera. Apenas lo hice, tuve vergüenza y la dejé. Díaz vió todo sin bajar los ojos.

—Sin embargo, tuvo miedo—se sonrió.

—No — le respondí alegremente, acercando más la silla. Fué una farsa, como la que

podía hacer cualquier amigo mío con el cual nos viéramos *claro*.

Yo sabía bien que él no hacía farsa alguna, y que á través de sus ojos inteligentes desarrollando su juego sutil, el loco asesino continuaba agazapado, como un animal sombrío y recogido que envía á la descubierta á los cachorros de la disimulación. Poco á poco la bestia se fué retrayendo y en sus ojos comenzó á brillar la ágil cordura. Torno á ser dueño de sí, apartóse bien el pelo luciente y se rió por última vez levantándose.

Ya eran las dos. Caminamos hasta Charcas hablando de todo, en un común y tácito acuerdo de entretener la conversación con cosas bien naturales, á modo del diálogo cortado y distraído que sostiene en el tramway un matrimonio.

Como siempre en esos casos, una vez detenidos ninguno habló nada durante dos segundos, y también como siempre lo primero

que se dijo nada tenía que ver con nuestra despedida.

—Malo, el asfalto— insinué con un avance del mentón.

—Sí, jamás está bien—respondió en igual tono.—Hasta cuándo?

—Pronto. No va á lo de Lugones?

—Quién sabe... Dígame: dónde diablos vive Vd.? No me acuerdo.

Díle la dirección.

—Piensa ir?

—Cualquier día...

Al apretarnos la mano, no pudimos menos de mirarnos en los ojos y nos echamos á reír al mismo tiempo, por centésima vez en dos horas.

—Adiós, hasta siempre.

A los pocos metros pisé con fuerza dos ó tres pasos seguidos y volví la cabeza; Díaz se había vuelto también. Cambiamos un último saludo, él con la mano izquierda, yo con

la derecha, y apuramos el paso al mismo tiempo.

Loco, maldito loco! Tenía clavada en los ojos su mirada en el café: yo había visto bien, había visto tras el farsante que me argüía al loco bruto y desconfiado! Y me había visto detrás de él por las vidrieras! Sentía otra vez ansia profunda de provocarlo, hacerle ver claro que él comenzaba ya, que desconfiaba de mí, que cualquier día iba á querer á hacerme esto.....

*
* *
*

Estaba solo en mi cuarto. Era tarde ya y la casa dormía; no se sentía en ella el menor ruido. Esta sensación de aislamiento fué tan nítida que inconscientemente levanté la vista y miré á los costados. El gas incandescente iluminaba en fría paz las paredes. Miré al pico y constaté que no sufría las leves explo-

siones de costumbre. Todo estaba en pleno silencio.

Sabido es que basta repetirse en voz alta cinco ó siete veces una palabra para perderle todo sentido y verla convertida en un vocablo nuevo y absolutamente incomprensible. Eso me pasó. Yo estaba solo, solo, so-lo... Qué quiere decir *solo*? Y al levantar los ojos á la pieza vi un hombre asomado apenas á la puerta, que me miraba.

Dejé un instante de respirar. Yo conocía eso ya, y sabía que tras ese comienzo no está lejos el erizamiento del pelo. Bajé la vista, prosiguiendo mi carta, pero vi de reojo que el hombre acababa de asomarse otra vez. No era nada, nada! lo sabía bien. Pero no pude contenerme y miré bruscamente. Había mirado: luego estaba perdido.

Y todo era obra de Díaz; me había sobreexcitado con sus estúpidas persecuciones y lo estaba pagando. Simulé olvidarme y con-

tinué escribiendo : pero el hombre estaba allí. Desde ese instante, del silencio alumbrado, de todo el espacio que quedaba tras mis espaldas, surgió la aniquilante angustia del hombre que en una casa sola no se siente solo. Y no era esto únicamente : parados detrás de mí había seres. Mi carta seguía y los ojos continuaban asomados apenas en la puerta y los seres me tocaban casi. Poco á poco el hondo pavor que trataba de contener me erizó el pelo, y levantándome con toda la naturalidad de que se es capaz en estos casos, fuí á la puerta y la abrí de par en par. Pero yo sé á costa de qué esfuerzo pude hacerlo sin apresurarme.

No pretendí volver á escribir. ¡Díaz Vélez! No había otro motivo para que mis nervios estuvieran así. Pero estaba también completamente seguro de que una por una, dos por dos, me iba á pagar todas las gracias de esa tarde.

La puerta de la calle estaba abierta aún y oí la animación de la gente que salía del teatro.—Habrá ido á alguno — pensé.—Y como debe tomar el tramway de Charcas, es posible pase por aquí... Y si se le ocurre fastidiarme con sus farsas ridículas, simulando sentirse ya perseguido y sabiendo que yo voy á creer justamente que comienza á estarlo...

Golpearon á la puerta.

¡El! Dí un salto adentro y de un soplo apagué la lámpara. Quedéme quieto, conteniendo la respiración. Esperaba con la angustia á flor de epidermis un segundo golpe.

Llamaron de nuevo. Y luego, al rato, sus pasos avanzaron por el patio. Se detuvieron en mi puerta y el intruso quedó inmóvil ante la oscuridad. No había nadie, eso no tenía duda. Y de pronto me llamó. ¡Maldito sea! Sabía que yo lo oía, que había apagado la luz al sentirlo y que estaba junto á la mesa sin moverme! ¡Sabía que yo estaba pensan-

do *justamente* esto y que esperaba, esperaba como una pesadilla oírme llamar de nuevo!

Y me llamó por segunda vez. Y luego, después de una pausa larga:

—Horacio!

¡Maldición!... ¿Qué tenía que ver mi nombre con esto? ¿Con qué derecho me llamaba por el nombre, él que á pesar de su infamia, torturante no entraba porque tenía miedo! «Sabe que yo lo pienso en este momento, está convencido de ello, pero ya tiene el delirio y no va á entrar!»

Y no entró. Quedó un instante más sin moverse del umbral y se volvió al zaguán. Rápidamente dejé la mesa, acerquéme en puntas de pie á la puerta y asomé la cabeza. «Sabe que voy á hacer esto». Siguió sin embargo con paso tranquilo y desapareció.

A raíz de lo que me acababa de pasar, aprecié en todo su valor el esfuerzo sobrehumano que suponía en el perseguido no haberse

dado vuelta, sabiendo que tras sus espaldas yo lo devoraba con los ojos.

*
* *

Una semana más tarde recibía esta carta:

Mi estimado X:

Hace cuatro días que no salgo, con un fuerte resfrío. Si no teme el contagio, me daría un gran gusto viniendo á charlar un rato conmigo.

Suyo affmo.

L. Díaz Vélez.

P. D. Si ve á Lugones, dígame que me han mandado algo que le va á interesar mucho.

La carta llegóme á las dos de la tarde. Como hacía frío y pensaba salir á caminar, fui con rápido paso á lo de Lugones.

—Qué hace á estas horas? — me preguntó. En esa época lo veía muy poco de tarde.

—Nada, Díaz Vélez le manda recuerdos.

—Todavía Vd. con su Díaz Vélez?—se rió.

—Todavía. Acabo de recibir una tarjeta suya. Parece que hace ya cuatro días que no sale.

Para nosotros fué evidente que ése era el principio del fin, y en cinco minutos de especulación á su respecto hicimosle hacer á Díaz un millón de cosas absurdas. Pero como yo no había contado á Lugones mi agitado día con aquél, pronto estuvo agotado el interés y me fuí.

Por el mismo motivo Lugones no comprendió poco ni mucho mi visita de esa tarde. Ir hasta su casa expresamente á comunicarle que Díaz le ofrecía más chancacas, era impensable; mas como yo me había ido en seguida, el hombre debió pensar cualquier cosa menos lo que había en realidad dentro de todo eso.

A las ocho golpeaba. Dí mi nombre á la sirvienta y momentos después aparecía una señora vieja de evidente sencillez provinciana—cabello liso y bata negra con interminable fila de botones forrados.

—Desea ver á Lucas? — me preguntó observándome con desconfianza.

—Sí, señora.

—Está un poco enfermo; no sé si podrá recibirlo.

Objetéle que, no obstante, había recibido una tarjeta suya. La vieja dama me observó otra vez.

—Tenga la bondad de esperar un momento.

Volvió y me condujo á mi amigo. Díaz estaba en cama, sentado y con saco sobre la camiseta. Me presentó á la señora y ésta á mí.

--Mi tía.

Cuando se retiró:

—Creía que vivía solo—le dije.

—Antes, sí; pero desde hace dos meses vivo con ella. Arrime el sillón.

Ahora bien, desde que lo vi confirméme en lo que ya habíamos previsto con el otro: no tenía absolutamente ningún resfrío.

—Bronquitis?...

—Sí, cualquier cosas de ésas...

Observé rápidamente en torno. La pieza se parecía á todas como un cuarto blanqueado á otro. También él tenía gas incandescente. Miré con curiosidad el pico, pero el suyo silbaba, siendo así que el mío explotaba. Por lo demás, bello silencio en la casa.

Cuando bajé los ojos á él, me miraba. Hacía seguramente cinco segundos que me estaba mirando. Detuve inmóvil mi vista en la suya y desde la raíz de la médula me subió un tentacular escalofrío: ¡Pero ya estaba loco! ¡El perseguido vivía ya por su cuenta á flor de ojo! En su mirada no había nada, nada fuera de su fijeza asesina.

—Va á saltar — me dije angustiado. Pero la obstinación cesó de pronto, y tras una rápida ojeada al techo Díaz recobró su expresión habitual. Miróme sonriendo y bajó la vista.

—Por qué no me respondió la otra noche en su cuarto?

—No sé.....

—Cree que no entré de miedo?

—Algo de eso...

—Pero cree que no estoy enfermo?

—No... por qué?

Levantó el brazo y lo dejó caer perezosamente sobre la colcha.

—Hace un rato yo lo miraba.....

—Dejemos!..... quiere?.....

—Se me había escapado ya el loco, verdad?...

—Dejemos, Díaz, dejemos!.....

Tenía un nudo en la garganta. Cada palabra suya me hacía el efecto de un empujón más á un abismo inminente.

Si sigue, explota! No va á poder contenerlo! Y entonces me dí clara cuenta de que habíamos tenido razón: Se había metido en cama de miedo! Lo miré y me estremecí violentamente: ya estaba otra vez! El asesino había remontado vivo á sus ojos fijos en mí! Pero como en la vez anterior, éstos, tras nueva ojeada al techo, volvieron á la luz normal.

—Lo cierto es que hace un silencio endiablado aquí — me dijo.

Pasó un momento.

—A Vd. le gusta el silencio?

—Absolutamente.

—Es una entidad nefasta. Da en seguida la sensación de que hay cosas que están pensando demasiado en uno..... Le planteo un problema.

—Veamos.

Los ojos le brillaban de perversa inteligencia como en otra ocasión.

—Esto: Supóngase que Vd. está como yo,

acostado, solo desde hace cuatro días, y que Vd. — es decir, yo no he pensado en Vd. Supóngase que oiga claro una voz, ni suya ni mía, una voz clara, en cualquier parte, detrás del ropero, en el techo — ahí en el techo, por ejemplo — llamándole, insultan.....

No continuó; quedó con los ojos fijos en el techo, demudóse completamente de odio y gritó: —Qué hay! qué hay!

En el fondo de mi sacudida recordé instantáneamente sus miradas anteriores: él oía en el techo la voz que lo insultaba, pero el que lo perseguía era yo! Quedábale aún suficiente discernimiento para no ligar las dos cosas, sin duda.....

Tras su congestión, Díaz se había puesto espantosamente pálido. Arrancóse al fin al techo y permaneció un rato inmóvil, la expresión vaga y la respiración agitada.

No podía estar más allí; eché una ojeada al velador y vi el cajón entreabierto.

—«En cuanto me levante — pensé con angustia — me va á matar de un tiro». Pero á pesar de todo me puse de pie, acercándome para despedirme. Díaz, con una brusca sacudida, se volvió á mí. Durante el tiempo que empleé en llegar á su lado su respiración suspendióse y sus ojos clavados de los míos adquirieron toda la expresión de los de un animal acorralado que ve llegar hasta él la escopeta en mira.

—Que se mejore, Díaz.....

No me atreví á extender la mano; mas la razón es cosa tan violenta como la locura y cuesta horriblemente perderla. Volvió en sí y me la dió él mismo.

—Venga mañana, hoy estoy mal.

—Yo creo.....

—No, no, venga; venga! — concluyó con imperativa angustia.

Salí sin ver á nadie, sintiendo, al hallarme libre y recordar el horror de aquel hombre

nteligentísimo peleando con el techo, que quedaba curado para siempre de gracias psicológicas.

Al día siguiente, á las ocho de la noche, un muchacho me entregó esta tarjeta:

Señor: Lucas insiste mucho en ver á Vd. Si no le fuera molesto le agradecería pasara hoy por esta su casa.

Lo saluda atte.

Deolinda S. de Roldán.

Yo había tenido un día agitado. No podía pensar en Díaz sin verlo de nuevo gritando, en aquella horrible pérdida de toda conciencia razonable. Tenía los nervios tan tirantes que el brusco silbido de una locomotora los hubiera roto. .

Fuí, sin embargo; pero mientras caminaba el menor ruido me sacudía dolorosamente. Y

así, cuando al doblar la esquina vi un grupo delante de la puerta de Díaz Vélez, mis piernas se aflojaron—no de miedo concreto á algo, sino á las coincidencias, á las cosas previstas, á los cataclismos de lógica.

Oí un rumor de espanto allí:

—Ya viene, ya viene!—Y todos se desbandaron hasta el medio de la calle. «Ya está, está loco!»—me dije, con angustia de lo que podía haber pasado. Corrí y en un momento estuve en la puerta.

Díaz vivía en Arenales entre Bulnes y Vidt. La casa tenía un hondo patio lleno de plantas. Como en él no había luz y sí en el zaguán, más allá de éste eran profundas tinieblas.

—Qué pasa?—pregunté. Varios me respondieron.

—El mozo que vive ahí está loco.

—Anda por el patio...

—Anda desnudo...

—Sale corriendo...

Ansiaba saber de su tía.

—Ahí está.

Me volví, y contra la ventana estaba llorando la pobre dama. Al verme redobló el llanto.

—Lucas!... se ha enloquecido!

—Cuándo?...

—Hace un rato... Salió corriendo de su cuarto... poco después de haberle mandado...

Sentí que me hablaban.

—Oiga, oiga!

Del fondo negro nos llegó un lamentable alarido.

—Grita así, á cada momento...

—Ahí viene, ahí viene!—clamaron todos, huyendo. No tuve tiempo ni fuerzas para arrancarme. Sentí una carrera precipitada y sorda, y Díaz Vélez, lívido, los ojos de fuera y completamente desnudo surgió en el zaguán, llevóme por delante, hizo una mueca en la puerta y volvió corriendo al patio.

—Salga de ahí, lo va á matar!—me gritaron.—Hoy tiró un sillón...

Todos habían vuelto á apetonarse en la puerta, hundiendo la mirada en las tinieblas.

—Oiga otra vez!

Ahora era un lamento de agonía el que llegaba de allá:—¡Agua!... ¡agua!...

—Ha pedido agua dos veces...

Los dos agentes que acababan de llegar habían optado por apostarse á ambos lados del zaguán, hacia el fondo, y cuando Díaz se precipitara en éste, apoderarse de él. La espera fué esta vez más ansiosa aún. Pero pronto repitióse el alarido y tras él, el desbande.

—Ahí viene!

Díaz surgió, arrojó violentamente á la calle un jarro vacío, y un instante después estaba sujeto. Defendióse terriblemente, pero cuando se halló imposibilitado del todo, dejó de luchar, mirando á unos y otros con atónita y

jadeante sorpresa. No me reconoció ni demoré más tiempo allí.

*
* *
*

A la mañana siguiente fui á almorzar con Lugones y contéle toda la historia—serios esta vez.

—Lástima; era muy inteligente.

—Demasiado—apoyé, recordando.

Esto pasaba en Junio de mil novecientos tres.

—Hagamos una cosa — me dijo aquél. Por qué no se viene á Misiones? Tendremos algo que hacer.

Fuimos y regresamos á los cuatro meses, él con toda la barba y yo con el estómago perdido.

Díaz estaba en un Instituto. Desde entonces—la crisis duró dos días—no había tenido nada. Cuando fui á visitarlo me recibió efusivamente.

—Creía no verlo más. Estuvo afuera?

—Sí, un tiempo... vamos bien?

—Perfectamente; espero sanar del todo antes de fin de año.

No pude menos de mirarlo.

—Sí—se sonrió.—Aunque no siento absolutamente nada, me parece prudente esperar unos cuantos meses. Y en el fondo, desde aquella noche no he tenido ninguna otra cosa.

—Se acuerda?...

—No, pero me contaron. Debería de quedar muy gracioso desnudo.

Entretuvimos un rato más.

—Vea—me dijo seriamente—voy á pedirle un favor: Venga á verme á menudo. No sabe el fastidio que me dan estos señores con sus inocentes cuestionarios y trampas. Lo que consiguen es agriarme, suscitándome ideas de las cuales no quiero acordarme. Estoy seguro de que en una compañía un poco más inteligente me curaré del todo.

Se lo prometí honradamente. Durante dos meses volví con frecuencia, sin que acusara jamás la menor falla, y aún tocando á veces nuestras viejas cosas.

Un día hallé con él á un médico interno. Díaz me hizo una ligera guiñada y me presentó gravemente á su tutor. Charlamos bien como tres amigos juiciosos. No obstante, notaba en Díaz Vélez — con cierto placer, lo confieso — cierta endiablada ironía en todo lo que decía á su médico. Encaminó hábilmente la conversación á los pensionistas y pronto puso en tablas su propio caso.

—Pero Vd. es distinto — objetó aquél—
Vd. está curado.

—No tanto, puesto que consideran que aún debo estar aquí.

—Simple precaución... Vd. mismo comprende.

—De que vuelva aquello?... Pero Vd. no cree que será imposible, absolutamente imposible conocer nunca cuando estaré cuerdo —

sin precaución, como Vd. dice? ¡No puedo, yo creo, ser más cuerdo que ahora!

—Por ese lado, no!—se rió alegremente.

Díaz tornó á hacerme otra imperceptible guiñada.

—No me parece que se pueda tener mayor cordura consciente que ésta—permítame: Ustedes saben, como yo, que he sido perseguido, que una noche tuve una crisis, que estoy aquí hace seis meses, y que todo tiempo es corto para una garantía absoluta de que las cosas no retornarán. Perfectamente. Esta precaución sería sensata si yo no viera claro todo esto y no argumentara buenamente.... Sé que Vd. recuerda en este momento las locuras lúcidas, y me compara á aquel loco de La Plata que normalmente se burlaba de una escoba á la cual creía su mujer en los malos momentos, pero que riéndose y todo de sí mismo, no apartaba de ella la vista, para que nadie la tocara..... Sé también que

esta perspicacia excesiva para seguir el juicio del médico mientras se cuenta el caso hermano del nuestro es cosa muy de loco... y la misma agudeza del análisis no hace sino confirmarlo... Pero—aún en este caso—de qué manera, que otro modo podría defenderse un cuerdo?

—No hay otro, absolutamente otro!— se echó á reír el interrogado. Díaz me miró de reojo y se encogió de hombros sonriendo.

Tenía real deseo de saber qué pensaría el médico de esa extralucidez. En otra época yo la había apreciado á costa del desorden de todos mis nervios. Echéle una ojeada, pero el hombre no parecía haber sentido su influencia. Un momento después salíamos.

—Le parece?...—le pregunté.

—Hum!... creo que sí...—me respondió mirando el patio de costado. Volvió bruscamente la cabeza.

—¡Vea, vea!— me dijo apretándome el brazo.

Díaz, pálido, los ojos dilatados de terror y odio, se acercaba cautelosamente á la puerta, como seguramente lo había hecho siempre—*mirándome.*

—Ah! bandido — me gritó levantando la mano—¡Hace ya dos meses que te veo venir!...

***Este libro se imprimió en el Establecimiento
Tipográfico "La Alianza"
Bolívar 756-70***